



Asamblea General

Quincuagésimo cuarto período de sesiones

5^a sesión plenaria

Lunes 20 de septiembre de 1999, a las 15.00 horas
Nueva York

Documentos Oficiales

Presidente: Sr. Gurirab (Namibia)

Se abre la sesión a las 15.00 horas.

Discurso del Sr. Benjamin William Mkapa, Presidente de la República Unida de Tanzania

El **Presidente** (*habla en inglés*): La Asamblea escuchará ahora un discurso del Presidente de la República Unida de Tanzania.

El Sr. Benjamin William Mkapa, Presidente de la República Unida de Tanzania, es acompañado al Salón de la Asamblea General.

El **Presidente** (*habla en inglés*): En nombre de la Asamblea General, tengo el honor de dar la bienvenida a las Naciones Unidas al Presidente de la República Unida de Tanzania, Excmo. Sr. Benjamin William Mkapa, a quien invito a dirigirse a la Asamblea.

El **Presidente Mkapa** (*habla en inglés*): Permítaseme comenzar felicitándolo a usted, Sr. Theo-Ben Gurirab, por haber sido elegido Presidente de la Asamblea General en su quincuagésimo cuarto período de sesiones. Esta es una manifestación de la confianza de las delegaciones en su capacidad diplomática y de la alta estima que tienen por ella y refleja el destacado papel que su país ha desempeñado en la promoción de los objetivos de esta Asamblea. Le aseguro el apoyo y la cooperación totales de la delegación de Tanzania al conducir las deliberaciones durante este período de sesiones.

También deseo elogiar a su predecesor, el Sr. Didier Opertti, por la forma capaz en que presidió la Asamblea en su quincuagésimo tercer período de sesiones. Feli-cito - muy especialmente al Secretario General de las Naciones Unidas, el Sr. Kofi Annan, por la manera capaz y destacada en que ha seguido gestionando y guiando los asuntos de nuestra Organización frente a muchos retos amedrentadores.

Este período de sesiones de la Asamblea General, el último del siglo y del milenio, nos brinda una oportunidad para examinar el pasado y extraer lecciones de él. Debemos concentrarnos sobre lo positivo, incluso al movilizar la voluntad individual y colectiva para evitar que se traslade al próximo siglo la carga de la pobreza, el conflicto y las violaciones de los derechos humanos. El papel del sistema de las Naciones Unidas también debe ser examinado otra vez, de conformidad con la nueva visión que tenemos para el futuro.

El siglo XX ha sido testigo de tremendos adelantos en la ciencia y la tecnología. Pero los beneficios no fueron compartidos ampliamente, para no hablar de forma igualitaria. Se alcanzaron un desarrollo y una prosperidad de carácter económico sin precedentes, con un consumo mundial que alcanzó la suma de 24 billones de dólares en 1998, dos veces el nivel de 1975 y seis veces el de 1950. Pero en una escala mundial, el 20% de la población del mundo que se encuentra en los países de mayores recursos consumió el 86% de los bienes y servicios mundiales, produciendo un correlativo grado de contaminación y daño ambiental. Una

99-85832 (S)

9985832

La presente acta contiene la versión literal de los discursos pronunciados en español y de la interpretación de los demás discursos. Las correcciones deben referirse solamente a los discursos originales y se enviarán firmadas por un miembro de la delegación interesada e incorporadas en un ejemplar del acta, *dentro del plazo de un mes a partir de la fecha de celebración de la sesión*, al Jefe del Servicio de Actas Literales, oficina C-178. Dichas correcciones se publicarán después de finalizar el período de sesiones en un documento separado.

quinta parte de la humanidad ha quedado completamente fuera de esta prosperidad.

Este siglo también ha experimentado importantes conflictos internacionales, en especial las dos guerras mundiales. La existencia de un sistema bipolar impulsado por diferencias ideológicas y la consecuente carrera de armamentos que condujo al uso indebido de la ciencia que constituyó el desarrollo de armas de destrucción en masa, con inclusión de las armas nucleares, exacerbaron la situación en materia de seguridad en el mundo. Como hecho positivo, las Naciones Unidas sentaron las bases y el marco para la obtención de la paz, la seguridad, el desarrollo y los derechos humanos. Las Naciones Unidas apoyaron en forma activa las luchas de liberación en todo el mundo. Entramos al nuevo milenio habiendo realizado la misión de la descolonización política en muchos países. El fin del apartheid es motivo de especial satisfacción para África.

También hemos observado el fin de la guerra fría, aun cuando los dividendos de la paz todavía tienen que alcanzar a todos los rincones del mundo e incluir a las víctimas inocentes de la guerra fría. Como dice el proverbio africano, cuando dos elefantes pelean, es el pasto el que sufre.

Lamentablemente, África ha sido dejada atrás en materia de desarrollo. A pesar de los resultados macroeconómicos positivos de los últimos años, la familia africana promedio consume hoy un 20% menos que hace 25 años. Otros desafíos críticos y nuevos que enfrenta África incluyen a los conflictos y la necesidad urgente de consolidar el imperio de la ley, los derechos humanos y el gobierno democrático.

En el próximo siglo, las Naciones Unidas serán medidas, entre otras cosas, por el grado en que estas cuestiones, en especial la dimensión del desarrollo, son abordadas. Las Naciones Unidas, en virtud de su alcance mundial, su composición universal y su imparcialidad, tienen un papel fundamental que desempeñar para asegurar que haya equidad entre la respuesta a los retos que enfrenta África y aquellos que enfrentan otras partes del mundo.

La Organización también debe continuar con su función de coordinación del sistema de las Naciones Unidas, con inclusión de las instituciones de Bretton Woods, la Organización Mundial del Comercio y las comisiones económicas regionales. Reiteramos la necesidad de ampliar y fortalecer la participación de los países en desarrollo en la adopción de decisiones a nivel internacional. La democracia y la buena gestión pública entre las naciones son tan

importantes para la humanidad como lo son dentro de las naciones.

Los procesos de liberalización y mundialización de la economía mundial tienen profundas consecuencias para África y otros países menos adelantados en cuanto a su posición en la economía mundial, sus perspectivas de desarrollo, la índole de sus políticas económicas y sus efectos sobre la soberanía económica.

La comunidad de naciones, en los albores de un nuevo milenio, debe reflexionar sobre los mecanismos y las políticas que apuntalan el funcionamiento de la economía mundial para crear un ambiente internacional propicio que asegure el rápido desarrollo económico de los países menos adelantados. Necesitamos un sistema cuyos pilares sean el crecimiento, la estabilidad y la equidad social y que facilite la integración de los países menos adelantados a la economía mundial en una forma beneficiosa.

Estos países, en especial aquellos de África, siguen limitados por la débil capacidad en materia de suministros, lo cual, cuando se agrava por un entorno económico internacional desfavorable, restringe sus posibilidades para beneficiarse de la mundialización. La tendencia de los últimos años no nos brinda mucho consuelo. Desde 1990 a 1996, las exportaciones africanas de bienes crecieron sólo el 2% en promedio.

El objetivo a largo plazo de nuestros empeños en pro del desarrollo consiste en mejorar la producción de bienes y servicios de calidad que puedan satisfacer las necesidades locales y ser exportados. Consideramos al comercio como una fuerza dinámica para acelerar el crecimiento y el desarrollo. No obstante, somos conscientes de nuestras limitaciones para elaborar tales productos para el mercado internacional. Nuestras economías todavía dependen en gran medida de la fabricación de productos básicos, respecto de los cuales los términos comerciales continúan empeorando. La cuestión de los productos básicos sigue siendo así fundamental para el programa de desarrollo internacional. En especial, instamos a la comunidad internacional a que proporcione recursos y asistencia técnica a los países que dependen de los productos básicos para obtener la capacidad de diversificación vertical y horizontal de tales productos.

Además, los países desarrollados y las instituciones financieras deben incrementar su apoyo al Fondo Común para los Productos Básicos, con inclusión del cumplimiento de sus promesas. Las Naciones Unidas también deben considerar nuevamente la propuesta de creación de un fondo

especial para promover la diversificación de productos básicos en África.

Esperamos que la reunión ministerial de la Organización Mundial del Comercio (OMC) a celebrarse en Seattle brinde mayor impulso a la aplicación de medidas para ayudar a los países menos adelantados a integrarse al sistema comercial internacional en una forma significativa. Instamos a la comunidad donante a que proporcione asistencia financiera y técnica para la aplicación de marcos de integración preparados por los países menos adelantados.

El peso de la deuda es uno de los principales obstáculos para la realización de los objetivos de los países africanos y otros países menos adelantados en materia de desarrollo económico y social. Estos países dedican una gran proporción, que en algunos casos supera el 30%, de los ingresos del Gobierno al pago del servicio de la deuda, con el consiguiente riesgo de inestabilidad política y social. Celebramos las diversas iniciativas sobre alivio de la deuda emprendidas por la comunidad donante. Tales iniciativas proporcionan alguna ayuda, pero es necesario tomar con urgencia medidas de más largo alcance, con inclusión de la condonación de la deuda, para producir efectos sobre la pobreza.

Tanzanía acoge con beneplácito las modificaciones hechas a la Iniciativa para la reducción de la deuda de los países pobres muy endeudados (PPME) en la cumbre de Colonia del Grupo de los Siete. No obstante, si se quiere mantener el crecimiento, los niveles adecuados de financiación externa deben complementar nuestros empeños de reforma económica. El alivio de la deuda, en virtud de la Iniciativa PPME, no debe ser un sustituto de una mayor ayuda bilateral que no cree deuda y tampoco debe ser financiado por medio de la reasignación de ayuda comprometida.

Tanzanía ha creado un fondo de alivio de la deuda multilateral para que ayude en el servicio de esa deuda, a fin de canalizar los ahorros hacia actividades de reducción de la pobreza en el sector social, como educación, salud y servicios hídricos. Hemos demostrado que es posible vincular directamente el alivio de la deuda con iniciativas para la erradicación de la pobreza en una forma transparente y responsable que abarque al gobierno, a la sociedad civil y a los países donantes. El alivio de la deuda que hemos recibido por medio del fondo se ha destinado de manera directa a la ampliación del presupuesto del sector social. Deseo agradecer a los Gobiernos de Dinamarca, Finlandia, Irlanda, los Países Bajos, Noruega, Suecia y el Reino Unido, que han contribuido a nuestra guerra contra la

pobreza aportando a nuestra cuenta del fondo de alivio de la deuda multilateral.

Mi delegación está profundamente preocupada por la señalada disminución de la asistencia oficial para el desarrollo a menos de una tercera parte del objetivo acordado internacionalmente del 0,7% del producto nacional bruto de los países donantes. Durante cinco años continuos, desde 1992 hasta 1997, la ayuda, como porcentaje del producto nacional bruto de los países de la Organización de Cooperación y Desarrollo Económicos (OCDE), cayó de un promedio combinado de 0,33% al 0,22%, que es el mínimo de todos los tiempos. Es necesario modificar esta tendencia como cuestión de urgencia.

Lo que se necesita es una ayuda que mejore cada vez más nuestra capacidad para decidir con respecto al programa y el proceso de desarrollo y nuestras posibilidades para desarrollarnos por nosotros mismos. No queremos la clase de ayuda que nos quite la iniciativa para el desarrollo en dignidad y que incremente, en lugar de reducir, la dependencia de esa ayuda. Entre otras cosas, necesitamos una ayuda que nos permita desarrollar un ambiente atractivo para la inversión del sector privado, nacional y extranjero.

La tecnología es un factor fundamental en el proceso de desarrollo. Los grandes adelantos recientes en la tecnología proporcionan enormes oportunidades para el desarrollo humano. No obstante, esta revolución tecnológica ha pasado por alto en gran medida a los países africanos y otros países menos adelantados. Las Naciones Unidas, y la comunidad internacional en general, deben facilitar y financiar a los países en desarrollo el acceso a la tecnología y su transferencia, con inclusión de tecnologías nuevas y ambientalmente sanas, en condiciones favorables, aun de carácter concesionario, o con subsidios.

Tanzanía trabaja en estrecha unión con otros países con el fin de encontrar una solución pacífica para los conflictos en la región de los Grandes Lagos, sobre todo en Burundi y en la República Democrática del Congo. El proceso de paz en Burundi, bajo la tutela de Mwalimu Julius K. Nyerere, se está desarrollando bien en Arusha. El principal punto conflictivo consiste en los arreglos de seguridad que infundirían confianza a todos, como también un proceso democrático que comprenda a todos los interesados. Esperamos que estos problemas sean resueltos en las próximas series de conversaciones, a fin de que pueda alcanzarse un acuerdo de paz tan pronto como sea posible. La comunidad internacional, por lo tanto, debe seguir instando a la participación plena de todos los actores principales en el proceso de paz de Arusha. Deben desalentarse

todos los intentos que se hagan, bajo cualquier pretexto, para perjudicar las negociaciones.

Con respecto a la República Democrática del Congo, resulta muy alentador que todas las partes que intervienen en el conflicto hayan firmado finalmente el Acuerdo de Lusaka sobre la cesación del fuego. El desafío consiste en no desaprovechar la oportunidad y avanzar con rapidez para poner en práctica la tregua, incluso enviando y facultando a observadores de la Organización de la Unidad Africana (OUA) y a una fuerza de mantenimiento de la paz de las Naciones Unidas, como está previsto.

Angola sigue viviendo una guerra fratricida librada por las fuerzas rebeldes de la UNITA contra el Gobierno legal de Angola. Es evidente que Jonas Savimbi ha violado el Acuerdo de Paz de Lusaka y ha mostrado su desprecio por la opinión internacional. Es contraproducente para las Naciones Unidas retirar su equipo de observadores de Angola, ya que ello enviaría la señal negativa de que la comunidad internacional está abandonando a Angola en su hora de necesidad.

En la última cumbre de la Comunidad del África Meridional para el Desarrollo (SADC), celebrada en Maputo, se manifestó la solidaridad con el Gobierno del Presidente Dos Santos y se formuló la promesa de darle apoyo moral y material. Del mismo modo, la comunidad internacional debe ser franca en su apoyo al Gobierno angoleño y en su condena a Jonas Savimbi como el criminal de guerra que es. Igualmente, contra él deberían tomarse medidas adecuadas a la gravedad de su insolencia y sus violaciones de los derechos humanos.

Con respecto al Sáhara Occidental, Tanzania sigue de cerca el proceso de paz bajo los auspicios de la Misión de las Naciones Unidas para el Referéndum del Sáhara Occidental (MINURSO). Esperamos que se encuentre una solución a esta crisis por medio de un referéndum, tal como se dispone en el proceso de paz propiciado por las Naciones Unidas, sin nuevas demoras innecesarias.

Mi delegación elogia las treguas y las soluciones negociadas que se alcanzaron en los conflictos en Guinea-Bissau, Sierra Leona y Liberia, al mismo tiempo que instamos a una dedicación práctica a la paz y la reconciliación en la guerra entre Etiopía y Eritrea.

También quiero destacar y alentar los acontecimientos positivos que se están produciendo en el Oriente Medio. Exhorto al Presidente Arafat y al Primer Ministro Barak a que sigan dedicándose al proceso de paz y avancen con

valor y visión hacia las siguientes etapas, que han de garantizar la paz y la seguridad duraderas y compartidas que durante tanto tiempo han eludido a los pueblos palestino e israelí.

Desde esta Tribuna denuncio a los mercaderes de la guerra que atizan los conflictos en el continente africano. Los comerciantes de armas deben detener el suministro de ellas a las zonas de conflicto. Los países deben adherir a las convenciones internacionales pertinentes que prohíben el comercio de armamentos, especialmente entre entidades no estatales. Es inmoral e inaceptable que recursos naturales como el oro, los diamantes, el petróleo y la madera, que deberían ser explotados para construir un futuro mejor para los niños africanos, sean usados para comprar armas de los países ricos y los comerciantes de armamentos, con las cuales matan y mutilan a esos mismos niños y a sus padres.

Vinculado con los conflictos en la región de los Grandes Lagos está el problema de los refugiados. Tanzania ha recibido refugiados desde hace más de 40 años. Mientras estoy hablando, todavía albergamos a más de 800.000 refugiados, algunos en campamentos de refugiados y muchos otros en campos de asentamiento y en otras partes de la sociedad. Siempre hemos recibido refugiados por preocupaciones humanitarias, según el estilo africano, y en cumplimiento de nuestras obligaciones internacionales. Nunca hemos negado la entrada a aquellos que huyen para salvar sus vidas y nunca hemos negociado cuotas de refugiados con otros países, pero incluso para nosotros llega el momento en que debemos solicitar más ayuda para tener la capacidad de proporcionar socorro y refugio a estas personas. Rindo homenaje a la Alta Comisionada de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos, Sra. Ogata, y a sus colegas por los esfuerzos que realizan para dirigir la atención internacional hacia los refugiados y desplazados africanos.

La Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) ha hecho mucho, pero solamente puede hacerlo en la medida en que la comunidad internacional le proporcione recursos con esa finalidad. Por ello, insto a que se brinde un mayor apoyo al ACNUR y a otros organismos de socorro que operan en Tanzania, así como también un mayor apoyo para mi Gobierno.

Sin embargo, una solución perdurable para el problema de los refugiados radica en resolver las causas fundamentales que lo originan en los países de donde proceden los refugiados. Ello permitiría que el ACNUR comenzara el

proceso de rapatriación, como se hizo con éxito en el caso de Rwanda hace tres años.

Hace cuatro años las Naciones Unidas establecieron el Tribunal Penal Internacional para Rwanda en Arusha. Aparte de los primeros problemas que experimentó el Tribunal en sus inicios, el Gobierno de Tanzania encomia sus múltiples logros que sentaron precedentes en el área emergente de la justicia penal internacional. Vemos con agrado las mejoras en la eficiencia de las operaciones y de la gestión del Tribunal bajo la conducción de su Secretario.

Al comprometernos a continuar apoyando plenamente al Tribunal, de conformidad con nuestras obligaciones como país anfitrión, instamos a las Naciones Unidas y a toda la comunidad internacional a que sigan proporcionando todo el apoyo necesario, incluidos recursos y mano de obra, hasta que la labor de enjuiciar a todos los culpables del genocidio de Rwanda se vea culminada con todo éxito. Debemos enviar el mensaje claro y vigoroso de esta Asamblea de que ningún criminal de guerra escapará al alcance de la justicia internacional.

Tanzania añade su voz a la denuncia de las tentativas violentas por frustrar el cumplimiento del deseo del pueblo de Timor Oriental de ser libre y soberano, como lo ha expresado claramente y de manera preponderante por medio de un referéndum libre y justo. Deben respetarse los resultados del referéndum, así como deben concretarse las aspiraciones del pueblo timorense. La comunidad internacional debe asumir su responsabilidad para que este proceso concluya de manera exitosa. No puede escatimarse ningún esfuerzo o sacrificio en este sentido. Encomiamos y alentamos la decisión del Gobierno de Indonesia de aceptar cooperar con los esfuerzos internacionales emprendidos bajo los auspicios de las Naciones Unidas con el objeto de poner fin a las matanzas y al caos, y garantizar que los deseos de la mayoría del pueblo de Timor Oriental se satisfagan de una manera inequívoca.

Nosotros en Tanzania pensamos que ningún esfuerzo nacional o mundial encaminado a erradicar la pobreza podrá tener éxito a menos que se atiendan los problemas específicos relacionados con la pobreza de las mujeres. Instamos a las Naciones Unidas a que continúen promoviendo las cuestiones de igualdad entre los géneros, incluido el suministro de recursos y de asistencia técnica para fortalecer la educación y la salud de las mujeres, así como otros proyectos que apuntan a su mejor preparación.

Mi Gobierno está tratando de garantizar que las mujeres cuenten con la oportunidad de participar plenamente en

todos los niveles de la toma de decisiones y que tengan igual acceso a la educación, así como a créditos sobre una base preferencial. También hemos adoptado medidas para proteger a las mujeres, niñas y niños del hostigamiento y del abuso sexual. Tanzania tiene establecida una legislación muy estricta en cuanto a los delitos sexuales que contempla castigos que llegan hasta el encarcelamiento de por vida. Existe asimismo una nueva ley de tierras que establece la completa igualdad entre los géneros en cuanto a la propiedad, uso y disposición de las tierras, que ha reemplazado al derecho consuetudinario en la materia. También hay leyes para proteger los derechos de las mujeres en el matrimonio, así como en lo que atañe a la custodia de los hijos y en materia de herencia, que se están examinando a fin de encarar todas las preocupaciones de las mujeres. Asimismo se están desplegando esfuerzos especiales para acrecentar la matriculación de niñas y mujeres en todos los niveles de la educación.

Estos son momentos de desafío, especialmente para los países en desarrollo. Sin embargo, creo que existe un rayo de esperanza para construir las bases de un sistema más equitativo y dinámico de cooperación internacional para el desarrollo mediante un enfoque inteligente de asociación que dé un resultado que sea satisfactorio para todos. En la medida que ingresamos en el nuevo milenio, quiero reiterar nuestro firme compromiso de cooperar con los demás en el logro de los objetivos de la Carta de las Naciones Unidas, sobre todo aquellos relacionados con la promoción del desarrollo económico y la prosperidad, la paz y la seguridad, así como con un mejor mundo para las generaciones presentes y venideras.

Ahora que ingresamos en el siglo de la mundialización es conveniente que todos los Gobiernos se formulen esta pregunta: ¿Estamos mundializando la prosperidad o estamos mundializando la pobreza? ¿Estamos tratando de lograr un tipo de corrección política que evite que haya riqueza en medio de la pobreza, o simplemente una que fabrique eufemismos para la pobreza, con la pretensión de que se eliminará? En una gráfica tira cómica de 1965, Jules Feiffer retrató la situación de los pobres con estas palabras:

“Acostumbraba a pensar que era pobre. Luego, me dijeron que no lo era; que simplemente era un necesitado. Después me dijeron que resultaba contraproducente que me considerara a mí mismo como un necesitado, ya que simplemente era un desfavorecido. Luego me dijeron que utilizar la palabra desfavorecido en mi caso era algo exagerado, y que yo meramente estaba en una situación desventajosa. Todavía

no tengo cinco centavos, pero sí tengo un gran vocabulario.”

Esa situación difícil de los pobres persiste igualmente de manera conmovedora hasta el día de hoy. Hemos hablado mucho; tal vez demasiado. Los archivos de esta Organización están llenos de estudios, de ideas y de exámenes. Tratemos de hacer más y de hablar menos en el nuevo siglo.

El **Presidente** (*habla en inglés*): En nombre de la Asamblea General, quiero dar las gracias al Presidente de la República Unida de Tanzania por la declaración que acaba de formular.

El Sr. Benjamín Willian Mkapa, Presidente de la República Unida de Tanzania, es acompañado fuera del Salón de la Asamblea General.

Discurso del Sr. Arnoldo Alemán Lacayo, Presidente de la República de Nicaragua

El **Presidente** (*habla en inglés*): La Asamblea escuchará ahora un discurso del Presidente de la República de Nicaragua.

El Sr. Arnoldo Alemán Lacayo, Presidente de la República de Nicaragua, es acompañado al Salón de la Asamblea General.

El **Presidente** (*habla en inglés*): En nombre de la Asamblea General, tengo el honor de dar la bienvenida a las Naciones Unidas al Presidente de la República de Nicaragua, Excmo. Sr. Arnoldo Alemán Lacayo, a quien invito a dirigirse a la Asamblea General.

El **Presidente Alemán Lacayo**: Sr. Presidente: Sírvase el muy ilustre Dr. Theo-Ben Gurirab aceptar nuestras más cumplidas expresiones de reconocimiento por su merecida elección para presidir esta magna Asamblea General, junto con los votos que formulamos por el buen suceso que con certeza auguramos en la conducción y resultados de la misma.

Deseamos también manifestar un sentido reconocimiento al Canciller del Uruguay, Sr. Didier Opertti, quien con brillantez presidiera el anterior período de sesiones, significando un legítimo orgullo para América Latina.

Ruego igualmente me sea permitido hacer llegar un mensaje de cálida simpatía y homenaje al Secretario General, Sr. Kofi Annan, por la fecunda labor que viene

impulsando, con encomiable energía y cosmovisión, para reformar, fortalecer y dinamizar el complejo y tan sensitivo sistema de las Naciones Unidas dentro de un contexto integral y de cara a un nuevo siglo y milenio, que demandan múltiples reconversiones, ajustes y adecuaciones en todos los órdenes.

Compartimos y secundamos sus iniciativas tendientes, entre otros objetivos, a facilitar a los países de menor desarrollo relativo, empeñados en la superación económico-social y en el abatimiento de la pobreza, la muy difícil como dolorosa transición a un nuevo mundo globalizado y de economía de mercado sin barreras, en el que se imponen patrones exponenciales de competitividad, tecnología avanzada, modelos de cultura y consumo, de comunicación social e informática, sistemas sofisticados de financiamiento y otras herramientas y procesos de un vasto arsenal, que hacen resaltar con inocultable realismo las grandes diferencias y asimetrías internacionales.

Esos son los grandes desafíos que juntos habremos de afrontar con voluntad política, trabajo, educación, capacitación, transferencia de ciencia y tecnología, inversiones, apertura, producción, comercialización, excelencia y políticas activas de participación y de beneficios compartidos que se derramen y capilaricen con justicia y equidad en todos los estratos que constituyen el tejido social de nuestros pueblos.

Sería muy lamentable y de peligrosa explosividad que esas grandes oportunidades que ofrece la globalización no se tradujeran en cambios positivos e innovadores, tangibles, que promuevan efectivamente al más corto plazo el mejoramiento sustantivo de los niveles de vida, de expectativas y de oportunidades de las grandes mayorías, dentro de esquemas de desarrollo sostenible.

En algunas ocasiones o en determinadas etapas de estos procesos transicionales, a veces se han presentado perturbaciones provocadas por las irritantes desigualdades entre sectores y actores sociales, diferencias que existen y se profundizan igualmente entre países avanzados y otros, que son los más, en vías de desarrollo.

Deben preverse, revertirse, moderarse o al menos paliarse con realismo y sensibilidad tales efectos negativos, de origen y características coyunturales como de temporalidad presupuestada. De no tomarse medidas adecuadas podrían colocar en posiciones de riesgo a las incipientes democracias que vienen construyendo con precariedad la estabilidad y las estructuras institucionales de derecho y de gobernabilidad.

En esta tarea primordial la participación ciudadana y de la sociedad civil, mediante sus diversas manifestaciones, es fundamental, utilizando el diálogo permanente, abierto y pluralista para arribar a nuevas orientaciones de rumbo, reformas y consensos que contribuyan a fortalecer los sistemas democráticos, la convivencia y la paz.

Dentro de esa línea, en Nicaragua, durante el presente año las dos principales fuerzas políticas que captaron juntas poco más del 90% de los votos en las últimas elecciones, han llegado a elaborar una agenda que será sometida a la consideración de la Asamblea Nacional para que con total transparencia se debatan a la luz pública en el principal foro de la nación.

Por otra parte, mi país inició a partir de 1997 un difícil proceso de reordenamiento y ajustes estructurales, afrontando con responsabilidad elevados costos políticos como sociales a fin de sentar las bases estables de una dinámica reconstrucción y transformación nacional.

Tendría que dejarse atrás de manera definitiva una dolorosa etapa, superior a un decenio, caracterizada por la destrucción y violencia de un ciclo de confrontaciones fratricidas, afortunadamente superadas. Ese paréntesis histórico nos sumió en una profunda postración reflejada en el deterioro de todos los indicadores de desarrollo humano, en el colapso generalizado de las actividades económicas y en la gravitación de una gigantesca deuda externa, de peso insoportable y asfixiante sobre los pauperizados hombros del sufrido pueblo nicaragüense.

Tal situación de extrema fragilidad determinó desde el inicio de mi Gobierno la formulación necesaria e imposterizable de una política económica que se hiciera acreedora del respaldo y credibilidad de la comunidad internacional y de los organismos multilaterales, desembocando en un acuerdo con el Fondo Monetario Internacional (FMI) de un nuevo programa de servicio reforzado de ajuste estructural (SAE), que luego de su cumplimiento dentro de un plazo tentativo de tres años nos permitiera ser calificables dentro del esquema concesionario de la Iniciativa para la Reducción de la deuda de los países pobres muy endeudados.

Enfrascados como estábamos con muchos sacrificios en esa dura jornada de saneamiento, reordenamiento y reconstrucción, sufrimos intempestivamente, hace poco menos de un año, los efectos devastadores del huracán Mitch, afectando severamente nuestros esfuerzos, trabajos y proyecciones. Sin embargo, gracias a la generosa cooperación internacional, se mitigaron en parte los sufrimientos, las pérdidas irreparables de millares de vidas de

compatriotas y los cuantiosos destrozos en infraestructura básica, en otros bienes, recursos naturales y el medio ambiente.

La siniestralidad de la tragedia también implicó nuevos desafíos y oportunidades, incentivándonos a redoblar trabajos, así como a la búsqueda de una deseable unidad en la que todos sumáramos, sin distinciones, esfuerzos y recursos para salir adelante. Así, en mayo del presente año, el Grupo Consultivo para la reconstrucción y transformación de Centroamérica, convocado inicialmente por el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), en Washington, en diciembre de 1998, a raíz del huracán Mitch, culminó en Estocolmo con el otorgamiento a Nicaragua de un apoyo global gradualizado en un plazo de tres a cuatro años del orden de los 2.500 millones de dólares, significativo apoyo que nos permitirá la atención prioritaria de programas sociales y proyectos de infraestructura, privilegiando las sensibles áreas de salud, educación y vivienda, así como planes asistenciales a pequeños productores y campesinos afectados por el huracán Mitch.

El cumplimiento disciplinado del programa de servicio reforzado de ajuste estructural (SAE) y la nueva coyuntura provocada por el ya referido fenómeno meteorológico condujeron a que durante la semana pasada, coincidiendo felizmente con la celebración de nuestra independencia nacional, la resolución del FMI viniera a unirse a la pre-viamente adoptada por el Banco Mundial, abriendo las puertas a Nicaragua para su inserción en la Iniciativa para la Reducción de la deuda de los países pobres muy endeudados.

Este extraordinario acontecimiento, que representará una condonación sustancial de nuestra deuda externa, marca un histórico parteaguas, abriendo un capítulo hacia una nueva independencia que transformará la realidad económica y social de nuestro pueblo, facilitando su ingreso a un nuevo siglo, aliviado de una carga insoportable, heredada del pasado, con renovado vigor, grandes posibilidades y optimismo realista para mejorar sustancialmente la calidad de vida de los nicaragüenses.

Repetimos nuestro agradecimiento imborrable a la comunidad internacional y a los organismos multilaterales que nos han allanado el camino para que podamos emprender animosos y juntos —hombro con hombro— la marcha hacia un promisorio futuro.

Nicaragua aprecia y aquilata el esfuerzo sostenido del sistema de las Naciones Unidas, ampliado en esta década hacia los grandes desafíos del país y los principales temas, como son los referentes a la gobernabilidad, el desarrollo

local, la promoción de un medio ambiente sano, la reducción de la pobreza extrema, el mayor acceso de la población menos favorecida a los servicios públicos, la modernización de las instituciones democráticas, la promoción de políticas de población, el proceso de desmovilización de ex combatientes y la búsqueda de soluciones dialogadas a los conflictos de la propiedad. Igualmente se reconoce el especial esfuerzo de las Naciones Unidas por fortalecer la administración de justicia, el sistema penitenciario y la creación de la Procuraduría de los Derechos Humanos. También cabe destacar su apoyo a la prevención de los desastres naturales, orientado a superar las vulnerabilidades socioeconómicas y del medio ambiente.

Durante mi Gobierno, nos hemos venido incorporando, poco a poco, a todos los compromisos de la Cumbre para la Tierra de 1992, contando con la colaboración de las Naciones Unidas para la creación del Consejo Nacional de Desarrollo Sostenible (CONADES), e incursionando en la Convención Marco de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático y el Convenio sobre la Diversidad Biológica, al igual que siendo partícipes de los grandes proyectos del corredor biológico mesoamericano y del corredor biológico del Atlántico.

Paralelamente hemos venido realizando un consistente esfuerzo para el desminado en la zona fronteriza con Honduras, en donde la guerra del pasado dejó sembradas más de cien mil minas antipersonal, por lo cual se agradece a la comunidad internacional especialmente a la Organización de los Estados Americanos, y a las Naciones Unidas, por los importantes recursos que puso a nuestra disposición para emprender esa delicada tarea.

Apoyamos sin reserva, como suscriptores del Tratado de Tlatelolco, las iniciativas tendientes a establecer un mecanismo internacional para la eliminación total de armas nucleares; al igual que estamos conscientes de la grave amenaza que representa a la seguridad de nuestras naciones como a la paz, el tráfico de armas, sin excluir las pequeñas que son las que causan el mayor número de pérdidas de vidas humanas y sufrimientos.

Nos unimos a la cruzada mundial en el combate a la pobreza, sea generalizada, focal o en los diversos estratos de nuestras sociedades, celebrando con beneplácito que el último año de este siglo haya sido designado como Año Internacional de las Personas de Edad, en quienes la pobreza y el abandono parecieran cebarse con mayor crudeza. Asimismo reafirmamos nuestro compromiso por asegurar la protección social, junto a redoblar los empeños emprendidos

por hacer más eficaz la seguridad ciudadana en sus personas y bienes.

Finalmente, no quisiera finalizar mi intervención sin invitarlos a reflexionar sobre el anhelo de los 22 millones de personas que en los umbrales del siglo XXI continúan sin estar representados en las Naciones Unidas, la Organización de vocación universal en cuyo seno se toman las decisiones más importantes de la política mundial. La República de China, fundada en 1912, que ha sido una nación con soberanía independiente, que mantiene relaciones diplomáticas oficiales con Nicaragua y las demás repúblicas de Centroamérica y otros países, aún continúa lamentablemente como injustamente sin estar representada en esta Organización, impidiéndole participar en sus trabajos, como tampoco aportar su valiosa contribución en los diversos ámbitos de la cooperación internacional, a pesar de cumplir a plenitud con las disposiciones de la Carta fundadora de las Naciones Unidas, firmada en San Francisco.

Mi Gobierno apoyó y continuará apoyando con firme y fraternal solidaridad el incuestionable derecho de la República de China, que ejerce plena soberanía en Taiwán por medio siglo, siendo una incuestionable realidad, de ser incorporada como miembro pleno de las Naciones Unidas. Por ello repetimos un nuevo llamado a la comunidad internacional para no negar ese legítimo derecho a un pueblo amigo, progresista y ejemplar de ser reconocido con efectiva participación en este gran foro, dándole así la merecida oportunidad de compartir con nosotros su vocación de paz y generoso espíritu de cooperación internacional.

El **Presidente** (*habla en inglés*): En nombre de la Asamblea General, quiero dar las gracias al Presidente de la República de Nicaragua por la declaración que acaba de formular.

El Sr. Arnoldo Alemán Lacayo, Presidente de la República de Nicaragua, es acompañado fuera del Salón de la Asamblea General.

Discurso del Sr. Andrés Pastrana Arango, Presidente de la República de Colombia

El **Presidente** (*habla en inglés*): La Asamblea escuchará ahora un discurso del Presidente de la República de Colombia.

El Sr. Andrés Pastrana Arango, Presidente de la República de Colombia, es acompañado al Salón de la Asamblea General.

El **Presidente** (*habla en inglés*): En nombre de la Asamblea General, tengo el honor de dar la bienvenida a las Naciones Unidas al Presidente de la República de Colombia, Excmo. Sr. Andrés Pastrana Arango, a quien invito a dirigirse a la Asamblea General.

El **Presidente Pastrana Arango**: Sr. Presidente: permítame expresarle en mi nombre y en el de mi país nuestra congratulación por su elección como Presidente de este período de sesiones de la Asamblea General. Estoy seguro que con una persona de sus cualidades y de su experiencia, la Asamblea tendrá los resultados esperados.

A su predecesor, mi amigo, el Canciller Didier Operti, del Uruguay, quisiera expresarle mi felicitación y mis agradecimientos por el eficaz trabajo realizado.

Deseo igualmente manifestar mi reconocimiento al Secretario General de las Naciones Unidas, Sr. Kofi Annan, por su dedicación y contribución a la renovación de la Organización, y reiterarle nuestra confianza en su labor y en su liderazgo.

Esta Asamblea General inicia su último período de sesiones del siglo XX, 100 años en que los desastres de dos conflagraciones mundiales permitieron a las naciones del mundo reconocer de manera colectiva que todas las guerras eran civiles, que la muerte es fratricida y que cualquier enfrentamiento menor podía, merced a una escalada nuclear, hacer estallar la última guerra. Fue claro entonces que para sobrevivir y prosperar los países deberían unirse en torno a un acuerdo fundamental, previniendo la guerra, protegiendo los derechos humanos y dándole prioridad definitiva a la preservación de la raza humana.

Hoy, en vísperas del milenio y después de medio siglo de existencia, moldeada por no pocas dificultades, pero también por notorios éxitos, las Naciones Unidas deben renovar su mandato como fuente de inspiración del desarrollo económico y social, y como fuerza para la preservación de la paz.

Para seguir adelante resulta quizás más provechoso con el momento actual eludir ciertas declaraciones rituales y presentar algunas consideraciones concretas y explícitas, en el convencimiento de que la Organización debe ser el gran catalizador de una respuesta equitativa y realista para encarar los desafíos de nuestro destino común.

Nadie discute hoy los grandes principios que inspira la Carta de las Naciones Unidas; su universalización incontestada es una de las marcas de la segunda mitad del si-

glo XX. Estamos de acuerdo en que la vigencia de la Carta debe significar ante todo la aplicación efectiva de esos principios, sin que se busquen interpretaciones que desfiguren sus propósitos.

La experiencia colectiva, acumulada por más de medio siglo, muestra que la cabal aplicación de la Carta de las Naciones Unidas es la mejor y más segura forma de obtener y de consolidar los beneficios de la paz mundial. Una de esas bases sagradas es la obligación asumida por los Estados, de no intervenir directa o indirectamente en los asuntos de otros Estados. La igualdad soberana excluye la injerencia en la jurisdicción interna de los países. Supone el cumplimiento de buena fe de los compromisos pactados, su observancia a la par con el respeto a las libertades y a los derechos humanos, es un parámetro fundamental para la vida internacional.

No se equivocaron los fundadores de las Naciones Unidas, entre los que quiero evocar la memoria de mi abuelo, signatario de esta Carta original, cuando dijeron en aquella oportunidad que la paz internacional se sustenta en la soberanía de los países miembros, ni cuando al excluir el recurso unilateral a la amenaza y al uso de la fuerza contra la integridad y la independencia de los Estados previeron la incorporación de medidas colectivas eficaces.

Durante este año hemos realizado esfuerzos extraordinarios para poner fin a un conflicto que se ha prolongado por más de 40 años. Hemos logrado un acuerdo en la agenda para la negociación entre el Gobierno y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC), el más antiguo y fuerte grupo guerrillero de mi país. Pero, como el mundo lo sabe, negociamos en medio del conflicto, sin un cese del fuego. Por lo tanto las muertes y los secuestros y los ataques por parte de las guerrillas y las autodefensas, significan aún altos costos humanos, sociales y económicos. La búsqueda de la paz va a requerir de tiempo, de paciencia y de fe para sortear con éxito las presiones y las dudas connaturales a estos procesos.

Hace un año, desde este mismo estrado, tracé un nuevo rumbo para mi país. Mi objetivo era poner fin al largo período de contagio de violencia en Colombia, y debo decirles que el año ha sido difícil y los desafíos que hemos afrontado han sido complejos. La más importante lección que hemos aprendido es que la paz es un objetivo vital para Colombia. No la paz a cualquier precio, sino una paz genuina que fortalezca nuestra democracia, que preserve la unidad territorial y que le ofrezca a cada colombiano un lugar justo en nuestro destino.

La búsqueda de la paz no se limita al diálogo y a la negociación o a terminar con la confrontación armada. La conquista de la paz nos exige mucho más que sentar a los adversarios alrededor de una mesa y acordar compromisos. Se requiere un proceso de construcción social y estatal que termine por erradicar los factores objetivos del conflicto, que permita fortalecer el Estado, para sentar así los cimientos de una paz firme y duradera.

Los colombianos hemos asumido con seriedad nuestra responsabilidad en la consecución de la paz. Como lo demuestra la historia reciente de nuestro país, necesita también de la comprensión internacional para enfrentar sus dificultades; necesita de recursos de los organismos multilaterales de las naciones amigas y de las organizaciones no gubernamentales que complementen el esfuerzo de mi Administración. Estos recursos son definitivos para Colombia.

Para tal propósito, hemos diseñado un conjunto de estrategias para la paz, la prosperidad económica y el fortalecimiento del Estado, en lo que hemos denominado el Plan Colombia. El Plan es la síntesis de nuestra concepción económica, política y social para defender a Colombia de la amenazadora arremetida del narcotráfico, para fortalecer la institucionalidad democrática en todo el territorio nacional y garantizar la seguridad de los ciudadanos y el libre ejercicio de sus derechos y sus libertades. Para ello, confiamos en la solidaridad y en los aportes de la comunidad internacional.

En este ámbito de la cooperación para el propósito de la paz es evidente que, dada la complejidad del proceso, ésta debe darse dentro de la mayor prudencia. Cualquier actuación sin ponderación puede frustrar los esfuerzos por la paz. Es por ello que observamos con preocupación la creciente ola de rumores infundados sobre intervenciones militares que se realizarían en Colombia con el supuesto propósito de ayudar a mi país en la lucha en que está empeñado.

Desde este recinto de la Asamblea debo declarar solemnemente que Colombia, fiel a los principios que han inspirado su vida republicana, rechaza cualquier injerencia o intervención extranjera en sus asuntos internos. Los colombianos vamos a salir adelante ante nuestros propios retos. Ya no son épocas de intervención; son tiempos de cooperación.

Mi Gobierno igualmente piensa que el proceso de paz es indispensable para ganar la lucha mundial contra el problema de las drogas. El tráfico inmoral que destruye

vidas, que alimenta la violencia, que promueve la corrupción y que destruye nuestro ecosistema debe ser combatido por las naciones con todos los medios a nuestra disposición. Para ello debemos coordinar nuestros esfuerzos respecto de la producción y del consumo y de los muchos vínculos siniestros que existen entre el uno y el otro.

Durante las últimas dos décadas, Colombia ha encabezado la batalla contra las drogas, enfrentando a los carteles y a sus campañas de intimidación y de terror, pero perdiendo a muchos de nuestros mejores ciudadanos. Con ellos tenemos una deuda de gratitud incalculable.

Pero con el aniquilamiento de los grandes carteles colombianos, el narcotráfico, como una renaciente hidra, se ha ido convirtiendo en una red atomizada, más fracturada, más internacionalizada, menos pública y, por tanto, más difícil de combatir. Para derrotarla se requiere de una verdadera alianza entre los países consumidores y productores de drogas ilegales bajo los principios de la corresponsabilidad, la reciprocidad y la equidad.

Asimismo se deben hacer mayores esfuerzos para quitarle a los narcotraficantes el dinero y las propiedades obtenidas del tráfico ilegal. Especialmente, debemos combatir el contrabando de productos industriales hacia Colombia que sirve para lavar dinero del narcotráfico y asfixia a la industria colombiana. Y también debemos frenar el flujo de precursores químicos indispensables para el procesamiento de los narcóticos. Las corporaciones multinacionales que se lucran de uno y otro negocio deberían ser responsabilizadas por no tomar las precauciones necesarias para evitar que con su negligencia se ayude y se participe en el narcotráfico.

No habrá paz en Colombia mientras los codiciosos negocios del narcotráfico y del mercado negro de armas sigan abasteciendo a los grupos irregulares en mi país. Observamos con angustia que grandes cantidades de armamentos, de diferentes tipos y especificaciones, entran ilegalmente al territorio colombiano. El control y la cooperación de todos y de cada uno de los Gobiernos para impedir que se siga dando este aberrante tráfico de muerte y destrucción constituye una necesidad urgente e ineludible.

Desde hace dos años, cuando se produjo la primera ola de choques en la llamada crisis asiática, la economía ha venido sufriendo el rigor de la inestabilidad y el desaceleramiento. Esta crisis ha mostrado que ningún Estado, por poderoso que sea, puede resultar inmune y ha mostrado, también, que los países pobres son los que más han sufrido las consecuencias.

La hipótesis de que los flujos de capital iban a impulsar un crecimiento económico acelerado y sostenido quedó desdibujada ante la realidad de los hechos. Lo que hemos visto es el crecimiento de gigantescas sumas de dinero virtual, cuyos movimientos incontrolados han traído consigo turbulencias económicas, desempleo, más pobreza y aún, en algunos casos, inestabilidad política. América Latina se ha convertido en la víctima más reciente de la crisis. Debemos, por tanto, otorgar la más seria consideración y prioridad a la configuración de una nueva arquitectura financiera. Ésta sólo será viable y efectiva si incluye un aumento en los recursos de las instituciones financieras multilaterales. Debe incorporar, por último, mecanismos de apoyo para aliviar el impacto social de los programas de ajuste estructural, especialmente en el caso de los más vulnerables. El propio Secretario General, Sr. Kofi Annan, lo decía el día de hoy, cuando ha hablado de la necesidad de sentar “valores esenciales para darle un rostro humano al mercado global”.

El final del siglo XX coincide con la transición hacia una era de poderosas transformaciones, acompañada de tensiones preocupantes. La globalización se profundiza pero coexiste con factores de fragmentación. Junto a los progresos en los procesos de paz en muchas regiones, se observan nuevas explosiones de violencia en otras. La riqueza se expande a niveles sin precedentes, si bien persisten la marginalidad y la pobreza.

Los mismos medios tecnológicos que impulsan la interdependencia y el desarrollo sirven de soporte a las redes mundiales de delincuencia organizada del tráfico de drogas, del lavado de dinero, del terrorismo y del contrabando de armas. Han surgido luchas y conflictos antes inexistentes o con instrumentos para los que la comunidad internacional no pareciera estar preparada.

La confrontación global ha quedado atrás, así como los viejos esquemas de la contención y de las esferas de influencia. Son tiempos para pensar en términos de una auténtica comunidad de naciones, como socios que compiten pero, también y substancialmente, como socios que comparten un destino común.

Existe, sin embargo, la percepción de que no todo marcha bien. El mundo está aún insatisfecho consigo mismo. Existen fuerzas de desestabilización y desequilibrio que ponen en riesgo los logros registrados hasta el momento. Hay todavía muchos millones sufriendo de desnutrición, de analfabetismo, de enfermedades y de exclusión.

Debemos, entonces, revitalizar la cooperación internacional para aprovechar mejor la globalización, para que sus

frutos se distribuyan de manera más equitativa, para que el desarrollo y la paz puedan complementarse de manera eficaz y productiva. Revitalizar la cooperación no es una opción, es un deber.

Después de más de cinco décadas de existencia de las Naciones Unidas, hemos logrado parcialmente los frutos prometidos. Las Naciones Unidas han sido capaces de evitar los horrores de un nuevo holocausto mundial. Pero el orden anunciado, en el que las Naciones Unidas garantizarían la paz, la seguridad y el desarrollo para todos los pueblos está aún por construirse.

Luego de los avances generados con la propuesta de reformas presentada por el Secretario General, vemos, con preocupación, que el ritmo de los cambios se ha desacelerado. La reforma debe ser un proceso continuo. Las Naciones Unidas deben seguir adaptándose, cada vez con mayor eficacia, a las nuevas condiciones y a las nuevas realidades. Pero ello no puede plasmarse en un producto derivado de la posguerra fría. Necesitamos una voluntad concertada. Desde diversos ángulos se demanda una mayor eficacia en el Consejo de Seguridad, que consulte el espíritu de la Carta y que logre balancear los factores reales de poder mundial con las aspiraciones justas de los pueblos menos fuertes.

El sistema de seguridad colectiva es una de las piedras angulares del multilateralismo. Es la respuesta racional a los intervencionismos y a los aislacionismos, la garantía máxima de los principios a los que todos nos hemos adherido. Colombia reitera su confianza en esos principios de la seguridad colectiva y su compromiso de trabajar decididamente con los distintos sectores de la comunidad internacional, con miras a vigorizar la capacidad de respuesta del Consejo de Seguridad frente a los problemas y crisis de todas las regiones. Es dentro de ese propósito que mi país ha presentado su candidatura para una silla en el Consejo durante el período 2001-2002.

El tiempo para las simples intenciones reformistas ya pasó. Ha llegado el momento histórico, con el advenimiento del nuevo milenio, para un relanzamiento de verdaderas negociaciones en las distintas instituciones. Nos urge encontrar paradigmas auténticamente universales, para que el multilateralismo se encamine hacia la globalización de la solidaridad. Hay que salir de las generalidades o de los criterios sectorizados para encontrar una visión comprensiva del sistema de las Naciones Unidas. Se requiere un gran esfuerzo de coordinación entre estas instituciones y los nuevos actores internacionales, entre ellos las organizaciones no gubernamentales. Y promover una verdadera asociación dentro de un sistema globalizado pero más equitativo.

El siglo XX ha probado que, al lado de horrores y crueldades, ha terminado prevaleciendo lo que se consideraba una utopía: las Naciones Unidas.

Nuestro compromiso supremo deber ser con la condición humana, con la ética y la cultura de los pueblos, la solidaridad y el respeto a los demás, sin consideraciones étnicas, ideológicas, religiosas o de cualquier tipo. No debemos desmayar hasta el día en que el pleno disfrute de la libertad y la democracia, que proclaman nuestros documentos, sea una realidad universal. Cuando hayamos liberado al espíritu humano para que desarrolle plenamente su inmenso potencial, se habrán sentado las bases de un mundo en verdadera paz.

Colombia, en medio de sus dificultades y problemas, no quiere ser ni será simplemente testigo de los cambios de esta época. Colombia no es una Potencia militar ni económica. Sin embargo, es respetada por la comunidad de naciones por el apoyo, ilimitado y sin condiciones, que profesamos a las normas y a los principios del derecho internacional. Ofrecemos nuestra contribución, modesta pero comprometida con el esfuerzo mancomunado, hacia un porvenir mejor para toda la humanidad.

El Presidente (*habla en inglés*): En nombre de la Asamblea General, quiero dar las gracias al Presidente de la República de Colombia por la declaración que acaba de formular.

El Sr. Andrés Pastrana Arango, Presidente de la República de Colombia, es acompañado fuera del Salón de la Asamblea General.

Discurso del Sr. Jorge Fernando Branco de Sampaio, Presidente de la República Portuguesa

El Presidente (*habla en inglés*): La Asamblea escuchará ahora un discurso del Presidente de la República Portuguesa.

El Sr. Jorge Fernando Branco Sampaio, Presidente de la República Portuguesa, es acompañado al Salón de la Asamblea General.

El Presidente (*habla en inglés*): En nombre de la Asamblea General, tengo el honor de dar la bienvenida a las Naciones Unidas al Presidente de la República Portuguesa, Excmo. Sr. Jorge Fernando Branco Sampaio, a quien invito a dirigirse a la Asamblea General.

El Presidente Sampaio (*habla en portugués, texto en inglés proporcionado por la delegación*): Sr. Presidente: Lo felicito por haber sido elegido Presidente de la Asamblea General. Su elección constituye un merecido homenaje al papel que desempeña Namibia en el escenario internacional. No cabe duda de que sus cualidades humanas, profesionales e intelectuales llevarán nuestra labor por el buen camino.

También deseo aprovechar la oportunidad para rendir tributo al Presidente saliente, Sr. Didier Opertti, por la forma dedicada y competente en que dirigió las labores del quincuagésimo tercer período de sesiones de la Asamblea General. Al Secretario General, Sr. Kofi Annan, le reservo palabras de aprecio y estima especiales por el modo destacable en que ha desempeñado su difícil labor en un momento en el que tantos y tan complejos desafíos encaran las Naciones Unidas y en que tantas esperanzas hay puestas en la capacidad de actuación de la Organización.

Me dirijo a la Asamblea todavía conmocionado por la emoción, la indignación y la repulsa que azotó al mundo entero a resultas de la tragedia que sufriera el pueblo de Timor Oriental tras el anuncio de los resultados de la consulta popular sobre el futuro del Territorio, celebrada bajo la ejemplar dirección de las Naciones Unidas, el 30 de agosto.

Quien viera las imágenes de los timorenses el día de la votación —con la cartilla electoral en la mano, esperando en filas ordenadas el ansiado momento de expresar libremente su voluntad— se habrá emocionado profundamente y, sin duda, habrá percibido en esos rostros y en esos gestos la llamada universal de la democracia, la libertad y la justicia. El impresionante contraste entre el ejemplo de valentía silenciosa y de sentido cívico que dieron los timorenses al participar masivamente en la votación y los actos de venganza salvaje que le siguieron revelan claramente qué estaba en juego en ese proceso.

No quiero extenderme con la historia, desgraciadamente poco conocida, de la lucha del pueblo timorense por la democracia durante más de 24 años. Como tampoco haré el recuento de la sucesión de horrores que ha padecido, y que desgraciadamente continúa padeciendo, para lograr la libertad. La historia nos ha enseñado que el nacimiento de una nación suele ser una conquista de su pueblo, resultado de un proceso doloroso. El caso de Timor Oriental no es ninguna excepción. Con su arrojo, decisión y disposición a luchar y a sufrir, el pueblo de Timor Oriental se ha ganado el derecho a ser una nación independiente. Deseo rendirle tributo, tanto a él como a su dirigente, Xanana Gusmao, quien con sus cualidades políticas y humanas se ha granjea-

do el respeto de cuantos le conocen. Y, en nombre del pueblo portugués, querría rendir homenaje a la memoria de todos los timorenses que pagaron con sus vidas la dignidad de su pueblo.

Los sucesos de las últimas semanas en Timor Oriental han sacudido la conciencia de la comunidad internacional y nos obligan a reflexionar sobre la responsabilidad de las Naciones Unidas, como órgano representativo de esta comunidad, con respecto a la construcción de una sociedad internacional más justa y humana. A finales de este siglo, conforme se consolida la conciencia universal del valor inalienable de la dignidad del ser humano aumenta la responsabilidad de los miembros de la comunidad internacional en cuanto a definir los principios y los intereses, en el entendimiento de que para que los intereses sean legítimos hay que defender los principios. Ello exige que todo el que ostente un cargo público, responda firme y rápidamente a los comportamientos políticos inaceptables desde el punto de vista moral o jurídico, así como a las tragedias humanitarias y a los ciclos de inestabilidad regional que provocan.

La opinión pública mundial, de cuya formación estamos siendo testigos a resultas de la mundialización de los medios de comunicación, espera tal respuesta de nosotros y no acaba de entender por qué se utiliza a menudo un doble rasero en situaciones en que están en juego los mismos principios. Todos sabemos que la comunidad internacional no siempre ha estado a la altura de esos desafíos. A este respecto, basta mencionar la tragedia de Rwanda, los casos del Sudán y de Somalia, la demora en reaccionar a los conflictos de Bosnia y de Kosovo, y tantas otras situaciones de sufrimiento humano que, por desgracia, se trataron inadecuadamente.

Por lo tanto, debemos rendir tributo a la enérgica reacción de la comunidad internacional a la oleada de violencia y de terror que azotó Timor Oriental en las últimas semanas y a la subsiguiente movilización de una fuerza multinacional encargada de garantizar la paz y la seguridad en el Territorio, de proteger y brindar apoyo a la Misión de las Naciones Unidas en Timor Oriental y facilitar las operaciones de asistencia humanitaria para la población del Territorio. Deseo expresar mi agradecimiento a cuantos han contribuido a ello y, en especial, a los países que han estado dispuestos a integrar esa fuerza.

En este caso, y más allá de las dramáticas cuestiones humanas, ha estado en juego la propia credibilidad de las Naciones Unidas. Puesto que las Naciones Unidas habían organizado la consulta popular, ¿cómo podían traicionar la confianza que les tenía el pueblo de Timor Oriental? Si bien

la reacción no fue tan rápida como merecían los timorenses o como habría deseado Portugal, la aprobación de la resolución 1264 (1999) del Consejo de Seguridad muestra al mundo que el Consejo no es indiferente ante los desafíos a su autoridad, ni deja que queden sin respuesta.

No dejemos que esta sea la excepción sino un ejemplo para el futuro. La pronta respuesta del Consejo de Seguridad es una condición de su autoridad y de su eficacia.

Gran parte de lo que ha ocurrido es irreparable y no se puede olvidar. Lo digo con gran amargura, y añadiría que en este caso, al igual que en otros, no podemos alentar la cultura de la impunidad.

No obstante, la llegada de la fuerza multinacional a Timor Oriental está abriendo un horizonte de esperanza, y ahora tenemos que ocuparnos de los vivos y salvar lo que pueda ser salvado.

Creo que existen prioridades importantes. Ante todo, la tarea prioritaria que tenemos ante nosotros es garantizar la seguridad en Timor Oriental a fin de asegurar el respeto de los derechos individuales de los timorenses y permitirles, por fin, que vivan en paz sin la amenaza de la violencia y la persecución. Sin seguridad no podremos realizar con el vigor y la amplitud necesarias las urgentes tareas de prestar asistencia humanitaria a la población de Timor Oriental.

En segundo lugar, debemos canalizar urgentemente la asistencia humanitaria a Timor Oriental para poder alimentar, dar tratamiento médico y proporcionar cobijo a las decenas de miles de personas desplazadas desperdigadas por el Territorio, socorrer a las personas cuyas pertenencias han sido saqueadas de manera sistemática, llevar consuelo a los que han perdido a miembros de sus familias y que han sido testigos impotentes de escenas de horror que quedarán para siempre grabadas en sus memorias, reunir familias; en resumen, acudir al rescate de una población traumatizada por la orgía de violencia de la que ha sido víctima.

En tercer lugar, debemos prestar ayuda a los timorenses, cuyo número supera los 100.000, que han sido deportados a Indonesia o que han huido del Territorio y en la actualidad se encuentran en su mayoría en Timor Occidental. Es urgente e indispensable garantizar el acceso continuado de la asistencia humanitaria a esas poblaciones, incluso el de la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados y de otras instituciones de protección de los derechos humanos para salvaguardar la vida y la dignidad de los refugiados y garantizar su retorno sin obstáculos a Timor Oriental.

En cuarto lugar, debemos acelerar el traspaso de la autoridad del Territorio a las Naciones Unidas, tal como está previsto en los Acuerdos de 5 de mayo, como consecuencia del resultado de la consulta popular celebrada el 30 de agosto. Todo retraso será inaceptable. También es importante que se defina un calendario para el retiro completo, lo antes posible, de las fuerzas indonesias del Territorio. Es la única manera de restaurar la paz y la estabilidad en la región y de sentar los cimientos de una relación saludable entre el futuro Estado de Timor e Indonesia, un país que esperamos que pueda consolidar la promesa de democracia anunciada en su actual proceso de transición.

Finalmente, es necesario realizar un enorme esfuerzo de reconstrucción en el Territorio, que ha quedado totalmente devastado por los actos de pillaje, saqueo y destrucción de los últimos días. A tal fin, será indispensable el compromiso generoso de la comunidad internacional.

Portugal ha expresado su plena disposición a contribuir a todas estas tareas. Habida cuenta de la responsabilidad que tiene para con el pueblo hermano de Timor Oriental y la solidaridad incondicional que une a ambos pueblos, Portugal ha expresado desde el comienzo su disposición a formar parte de la fuerza multinacional. A fin de evitar todo retraso, ya que cada minuto cuenta en términos de vidas y de sufrimientos, si bien estábamos dispuestos a participar inmediatamente, hemos aceptado retrasar nuestra presencia en la fuerza hasta una etapa posterior.

Por lo que respecta a la asistencia humanitaria para Timor Oriental y su reconstrucción, estamos haciendo todo lo que está a nuestro alcance, y continuaremos haciéndolo. Deseo formular un llamamiento vehemente a la comunidad internacional, a los organismos especializados de las Naciones Unidas y a las organizaciones no gubernamentales para que contribuyan a estos esfuerzos.

Al estar el Territorio bajo la ocupación y debido a que el intento de anexión por parte de Indonesia nunca fue reconocido por las Naciones Unidas, el pueblo de Timor Oriental ha tenido que esperar 25 años para poder ejercer su derecho a la libre determinación al que tenían derecho como pueblo de un Territorio No Autónomo, tal como lo prescriben las Naciones Unidas.

Finalmente, el 5 de mayo, Portugal, como Potencia Administradora del Territorio, Indonesia y las Naciones Unidas llegaron a un Acuerdo dentro del marco de la resolución 37/30 de la Asamblea General, aprobada en 1982.

Se acordó celebrar una consulta popular, haciéndose referencia explícita tanto en los Acuerdos de 5 de mayo como en la resolución 1236 (1999) del Consejo de Seguridad, de 7 de mayo, a las resoluciones de la Asamblea General que han representado y continúan representando la Carta Magna del derecho de los pueblos coloniales a la libre determinación: las resoluciones 1514 (XV), 1541 (XV) y 2625 (XXV) de la Asamblea General.

A pesar de todos los actos de intimidación, el 30 de agosto el pueblo de Timor Oriental ejerció democráticamente su derecho a la libre determinación, y escogió, por una mayoría clara e inequívoca, su futuro colectivo, adquiriendo así de manera incondicional e irrevocable el derecho a constituir un Estado independiente al final del período de administración provisional que pronto iniciarán las Naciones Unidas.

Timor Oriental está llegando a la libertad con las heridas y las cicatrices de los sufrimientos pasados, pero lleva consigo el germen de la esperanza, y espero sinceramente que pueda, sin resentimientos, convertirse en miembro de la comunidad de los Estados.

(continúa en inglés)

La cuestión de Timor Oriental se refiere a un pueblo y a temas fundamentales como la dignidad humana, el derecho internacional y la conciencia moral y universal.

A pesar de los terribles acontecimientos del pasado, saludemos, al finalizar el Decenio internacional para la eliminación del colonialismo, la libre determinación de Timor Oriental.

Permítaseme finalizar formulando un deseo y una esperanza: que la Asamblea General de las Naciones Unidas pueda escuchar lo antes posible la voz libre y soberana de Timor Lorosae.

El Presidente (*habla en inglés*): En nombre de la Asamblea General, quiero dar las gracias al Presidente de la República Portuguesa por la declaración que acaba de formular.

El Sr. Jorge Fernando Branco de Sampaio, Presidente de la República Portuguesa, es acompañado fuera del Salón de la Asamblea General.

Tema 9 del programa (*continuación*)

Debate general

Discurso de la Sra. Sheikh Hasina, Primera Ministra de la República Popular de Bangladesh

El Presidente (*habla en inglés*): La Asamblea escuchará ahora un discurso de la Primera Ministra de la República Popular de Bangladesh.

La Sra. Sheikh Hasina, Primera Ministra de la República Popular de Bangladesh, es acompañada a la Tribuna.

El Presidente (*habla en inglés*): Tengo el gran honor de dar la bienvenida a la Primera Ministra de la República de Bangladesh, Excma. Sra. Sheikh Hasina, y de invitarla a dirigirse a la Asamblea General.

Sra. Hasina (Bangladesh) (*habla en bengalí, texto en inglés proporcionado por la delegación*): Este año es muy especial para Bangladesh en las Naciones Unidas. Se cumple el vigésimo quinto aniversario de la admisión de Bangladesh a este "Parlamento del Hombre". Traigo los saludos del pueblo de Bangladesh.

Sr. Presidente: Para nosotros es muy grato verlo presidir la Asamblea General en este vigésimo quinto aniversario. Usted es un combatiente por la libertad. Usted dirigió a un país que logró su libertad recientemente pero que, en el corto tiempo en que ha sido Miembro de las Naciones Unidas ha contribuido de manera importante a la labor de la Organización.

Expresamos nuestro sincero reconocimiento al Ministro de Relaciones Exteriores del Uruguay, Sr. Didier Operti, que presidió el pasado período de sesiones, por su excelente labor. También deseo dar la bienvenida a los tres nuevos miembros de la Asamblea General: Kiribati, Nauru y Tonga. Comprendemos su alegría y emoción, ya que también fueron nuestras hace 25 años.

Expresamos también nuestro sincero agradecimiento al Secretario General y a todos los Estados Miembros por el apoyo y la asistencia que nos brindaron para ayudarnos a superar las consecuencias de las desastrosas inundaciones que asolaron nuestro país el año pasado. La magnitud del desastre fue sin precedentes. El apoyo de la comunidad internacional fue motivo de inspiración y aliento para nuestro pueblo, que se enfrentaba a los desafíos de la rehabilitación y la reconstrucción.

Hoy vengo aquí con gran orgullo y satisfacción. Hace 25 años el Padre de nuestra Nación, Bangabandhu Jaque Mujibur Rahman, pronunció nuestro primer discurso ante la Asamblea General como Jefe de Gobierno del Estado soberano e independiente de Bangladesh. En su mensaje de ese día expresó la gratitud de la nación a la comunidad internacional por haber apoyado a nuestro pueblo en los días oscuros de la opresión, dio a conocer a la comunidad internacional nuestra gran lucha por la libertad y la libre determinación, manifestó al mundo nuestra fe en la democracia, la justicia, la libertad y los derechos humanos, y describió los elementos básicos de nuestra política exterior.

Desde entonces, a pesar de los trastornos políticos que ha sufrido el país, no se han alterado las directrices de política exterior establecidas por el Padre de nuestra Nación. Por tanto, pudimos contribuir de manera positiva a las Naciones Unidas sirviendo en varias comisiones y órganos ejecutivos importantes del sistema y participando activamente en las operaciones de las Naciones Unidas de mantenimiento de la paz.

Tuvimos el privilegio de presidir la Asamblea General en su cuadragésimo primer período de sesiones y de servir un mandato como miembro no permanente del Consejo de Seguridad.

Bangabandhu Jaque Mujibur Rahman trajo a las Naciones Unidas la antorcha de un pueblo indómito cuando en 1974 desde esta misma Tribuna dijo:

“Los nobles ideales consagrados en la Carta de las Naciones Unidas son los mismos por los cuales millones de personas de nuestro planeta han realizado el sacrificio supremo. Sé que las almas de nuestros mártires han de sumarse a nosotros en la promesa de que la nación bengalí se compromete plenamente a la construcción de un orden mundial en el que se concrete la aspiración de todos los hombres a la paz y la justicia.” (A/PV.2243, párr. 2)

Veinticinco años después estoy aquí para renovar esa promesa. En esos 25 años la asociación entre Bangladesh y las Naciones Unidas ha madurado. Las Naciones Unidas han estado siempre con nosotros, desde nuestras primeras actividades de reconstrucción nacional hasta nuestros esfuerzos por establecer medidas destinadas a habilitar al pueblo y establecer la justicia social. También hemos podido apoyar al fortalecimiento de la Organización y hemos contribuido a sus empeños por erradicar la pobreza y las enfermedades, mantener la paz y la seguridad internacionales y apoyar los derechos de los oprimidos y los subyuga-

dos. Esperamos sinceramente que en el futuro se amplíe y fortalezca el desarrollo de la cooperación entre Bangladesh y los organismos de las Naciones Unidas en nuestro país.

Bangladesh ha tomado nota con gran inquietud de la disminución de los compromisos de los países donantes para con el sistema de desarrollo de las Naciones Unidas, en especial el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), que ha tenido lugar últimamente. Bangladesh concede un gran valor a la asistencia multilateral como una fuente fidedigna y confiable de conocimientos técnicos imparciales, e insta a los países donantes a que cumplan los compromisos realizados en la Junta Ejecutiva del PNUD para el marco de financiación multianual, permitiendo a países como Bangladesh planificar programas de desarrollo en consecuencia. Recordando la reciente declaración del Grupo de los Ocho en Colonia, Bangladesh desea hacer notar con orgullo que ya está utilizando más de la mitad de los fondos proporcionados a mi país por el PNUD para programas destinados a mejorar la buena gestión pública, que nos están ayudando a hacer frente a obstáculos fundamentales para un desarrollo más rápido. Ha llegado el momento de que los donantes reconozcan nuestra dedicación y los éxitos que hemos alcanzado y aumenten los recursos para esos valiosos programas.

Pocos meses después de su discurso histórico ante este órgano mundial en 1974, mi padre, el Padre de nuestra Nación, mi madre y mis tres hermanos, el menor de los cuales tenía sólo 10 años, fueron brutalmente asesinados —el 15 de agosto de 1975— por un grupo de oficiales militares homicidas y mal aconsejados. También fueron asesinados mis tíos, mis dos cuñadas, dos primos y muchos otros parientes. Mi hermana y yo fuimos las únicas que sobrevivimos porque en esa época nos encontrábamos fuera del país. Se sucedieron golpes y contragolpes a intervalos regulares, lo que llevaba a un régimen militar de un tipo u otro. Me vi obligada a vivir en el exilio desde finales del decenio de 1970 hasta principios del decenio de 1980. Comencé a luchar desde el exilio contra el régimen autocrático. Después de volver a mi país, en 1991, intensifiqué esa lucha en pro del restablecimiento del derecho del pueblo a votar y de su derecho a la libertad y a la alimentación. Me vi hostigada y fui arrestada por los regímenes autoritarios, y atentaron contra mi vida en varias ocasiones. Pero nada podía apartarme de mi camino ni de mi meta de restablecer la democracia. El movimiento cobró fuerzas y, finalmente, el pueblo obtuvo la victoria. Hoy la democracia se ha arraigado firmemente y para siempre en Bangladesh.

Hemos fortalecido el sistema parlamentario. Se estableció un espacio para formular preguntas al Primer Minis-

tro. La sesión se televisa y se difunde en vivo. Para institucionalizar la democracia y hacerla perdurable, hemos garantizado el derecho del pueblo a votar creando la institución de un Gobierno provisional, no partidista, que se forma tres meses antes de cada elección. Mi lucha ahora es para garantizar el derecho del pueblo a la alimentación; en otras palabras, a la emancipación económica, al sustento perdurable. Me impulsa el deseo de crear un entorno justo, no sólo para mi propio pueblo, sino para toda la humanidad.

La creación de las Naciones Unidas tuvo como objetivo preservar al mundo del flagelo de otra guerra mundial y garantizar que todos los seres humanos gozaran de sus derechos básicos. Con sus más de 50 años de existencia, las Naciones Unidas han pasado la prueba del tiempo. Tanto en el plano nacional como internacional hemos hecho de la paz y el desarrollo dos objetivos fundamentales, integralmente vinculados entre sí. Hemos adoptado medidas para fomentar la paz a nivel regional. Inmediatamente después de asumir el poder, mi Gobierno tomó la iniciativa de resolver el litigio sobre la distribución de las aguas del Ganges con nuestra vecina, la India. Resolvimos con éxito ese litigio, de larga data, en diciembre de 1996. Visité la India y el Pakistán después de las pruebas nucleares que realizaron en el sur de Asia y les dije que todos debíamos hacer todo lo posible por preservar la paz en nuestra región y dedicar nuestros limitados recursos al desarrollo económico y social.

En diciembre de 1997, sin mediación de terceros, se concertó un acuerdo entre el Gobierno y representantes del pueblo tribal que habita en la parte sudoriental de nuestro país. Ese acuerdo trajo la paz a la zona de las colinas de Chittagong, que se había visto asolada por la guerra durante más de dos decenios. Ahora reina la paz en la zona; los antiguos insurgentes depositaron sus armas y volvieron a la vida pacífica; los 63.000 refugiados que habían huido al otro lado de la frontera retornaron y no se ha registrado ningún incidente de violencia en ese lugar desde la firma del acuerdo.

Sabemos que la clave para nuestro desarrollo y progreso está directamente vinculada con la inversión en nuestro pueblo. Nuestros esfuerzos se dirigen ahora a transformar nuestros amplios recursos humanos en una fuerza productiva. Nuestros programas de desarrollo apuntan a un rápido alivio de la pobreza. Hemos adoptado políticas para fortalecer la infraestructura socioeconómica de nuestro país. Hemos dado prioridad a los distintos sectores sociales, como la educación, la atención a la salud, el alivio de la pobreza y el control del crecimiento demográfico, y hemos asignado más del 30% del presupuesto a los sectores sociales, con el objetivo de conseguir el alivio de la pobreza, la

potenciación del ser humano y el desarrollo. Nuestros programas incluyen techo y sustento perdurable a través del programa *Ashrayon* de vivienda para los pobres, atención médica, educación para los pobres, microcréditos, pensiones para las personas de edad, transferencias de ingresos para las mujeres indigentes y programas de alivio de la pobreza para grupos concretos. Este esfuerzo hacia la emancipación económica del pueblo es en la actualidad nuestra preocupación; queremos construir la Bengala de oro con la que soñaba el fundador de nuestra nación.

Hemos adoptado políticas específicas para asegurar la igualdad entre el hombre y la mujer. Hemos promulgado leyes y establecido mecanismos institucionales para promover los derechos de la mujer, garantizar que tengan opciones y oportunidades, castigar severamente a los violadores y resarcir a las víctimas. La eficacia del microcrédito para habilitar a la mujer ha sido extraordinaria. Además, hemos hecho participar a las mujeres en la toma de decisiones en todos los niveles. En las últimas elecciones gubernamentales locales fueron elegidas más de 14.000 mujeres.

En nuestra política exterior nos adherimos al principio de la amistad con todos. En nuestra Constitución se estipula que debemos basar nuestras relaciones internacionales en los principios establecidos en la Carta de las Naciones Unidas.

¿Cómo encaramos las cuestiones críticas del nuevo milenio? Consideramos que la paz es un derecho humano fundamental que debe alcanzarse, mantenerse, promoverse y perfeccionarse. Sin desarrollo no puede haber paz y sin cooperación no puede haber desarrollo. No hay, pues, otra opción más que la de establecer una auténtica cooperación entre los países desarrollados y en desarrollo para la erradicación de la pobreza y la satisfacción de la aspiración del pueblo al desarrollo.

Bangladesh ha sido coordinador de los países menos adelantados durante los dos últimos decenios. Creemos firmemente que la comunidad internacional debe tomar medidas especiales para ayudar a esos países en sus esfuerzos por desarrollarse y participar plenamente en la economía mundial. Los derechos humanos son la esencia de la paz. A menos que velemos por que los ciudadanos vivan una vida digna en la que sus derechos estén garantizados, no podremos vivir en un mundo justo y pacífico. Esto se aplica tanto a las comunidades como a las naciones. En nuestra región hemos desarrollado la Asociación del Asia Meridional para la Cooperación Regional (AAMCR), que ha puesto en práctica muchas iniciativas para mejorar la vida de los habitantes de la región. En el plano subregional,

estamos cooperando con Bhután, Nepal y la India en el Cuadrángulo para el Desarrollo del Asia Meridional.

Las Naciones Unidas son el único órgano universal que abarca todas las esferas de la actividad humana. Han desempeñado un papel catalizador en muchas iniciativas y han mejorado la vida de las personas en todo el mundo. En el decenio de 1990, las Naciones Unidas convocaron una serie de conferencias mundiales para encarar los principales desafíos que se le planteaban a la humanidad. Hicieron frente a problemas cuya solución estaba más allá de la capacidad de los países individuales y para la que se necesitaba una amplia cooperación internacional. Creo que la comunidad internacional debe hacer un seguimiento coordinado e integrado de las decisiones de esas conferencias para asegurarse de que se apliquen plena y eficazmente. En Bangladesh hemos tomado medidas concretas al respecto.

Necesitamos velar por que las Naciones Unidas puedan seguir atendiendo en el próximo siglo las nuevas necesidades de la humanidad. Para ello, tenemos que hacer que las Naciones Unidas sean eficaces y eficientes. Me complace que Bangladesh haya estado en la vanguardia de la adopción de las medidas tendientes a ese objetivo en las Naciones Unidas. Al respecto, quiero dejar constancia de nuestro gran reconocimiento al Secretario General, Sr. Kofi Annan, quien ha logrado éxitos notables en el corto tiempo transcurrido desde que asumió la conducción de las Naciones Unidas. Merece nuestro pleno apoyo y nuestro elogio sincero.

No puede negarse que el mundo necesita de las Naciones Unidas. Pero debemos recordar que también es cierto que las Naciones Unidas necesitan del mundo. Todos los países deben hacer cuanto esté a su alcance para cumplir con su compromiso de hacer fuerte y durable a la Organización. Tal ha sido el empeño de Bangladesh en los últimos 25 años.

¡Viva Bangladesh! ¡Vivan las Naciones Unidas!

El Presidente (*habla en inglés*): En nombre de la Asamblea General, quiero dar las gracias a la Primera Ministra de la República de Bangladesh por la declaración que acaba de formular.

La Sra. Sheikh Hasina, Primera Ministra de la República de Bangladesh, es acompañada al retirarse de la Tribuna.

Discurso del Sr. Kjell Magne Bondevik, Primer Ministro del Reino de Noruega

El Presidente (*habla en inglés*): La Asamblea General escuchará ahora un discurso del Primer Ministro del Reino de Noruega.

El Sr. Kjell Magne Bondevik, Primer Ministro del Reino de Noruega, es acompañado a la Tribuna.

El Presidente (*habla en inglés*): Tengo el gran placer de dar la bienvenida al Primer Ministro del Reino de Noruega, Excmo. Sr. Kjell Magne Bondevik, y de invitarlo a dirigirse a la Asamblea General.

Sr. Bondevik (Noruega) (*habla en inglés*): La tragedia de Timor Oriental demuestra una vez más que cuando estallan la guerra y la violencia la comunidad mundial acude a las Naciones Unidas en busca de la solución a los conflictos y de la preservación de la paz. Nos complace la decisión del Consejo de Seguridad de respaldar el establecimiento de la fuerza multinacional, que está llevando ahora seguridad y ayuda al pueblo de Timor Oriental. Noruega contribuirá a ella con personal y con financiación.

Acudimos a las Naciones Unidas en búsqueda de esperanza y soluciones y de protección a la dignidad humana y a los valores compartidos en un mundo de injusticia y conflicto. Es por ello que las Naciones Unidas son indispensables. Y es por ello que nosotros, los Estados Miembros, debemos recurrir a las Naciones Unidas para la obtención de la paz y el desarrollo, ya sea en Timor Oriental, en Kosovo o en el Congo. Al prepararnos para la Asamblea del Milenio, enfrentemos juntos los problemas mundiales con nuevo espíritu, con un nuevo sentido de objetivo.

Sr. Presidente: Quiero felicitarlo por haber sido elegido para ocupar la Presidencia de la Asamblea General. Noruega espera con interés trabajar con usted. Damos también una cálida bienvenida a los tres nuevos Miembros de las Naciones Unidas: la República de Kiribati, la República de Nauru y el Reino de Tonga.

En este final de siglo, la mundialización nos presenta dilemas políticos y morales. Se han logrado avances notables en la innovación tecnológica y en el desarrollo económico y democrático. Pero, al mismo tiempo, mientras los ricos se hacen más ricos, los pobres se están haciendo más pobres. La pobreza y la contaminación, los conflictos violentos y las violaciones de los derechos humanos siguen atormentando a muchas personas en todo el mundo. Combatir la pobreza, prevenir los conflictos y promover los derechos humanos son los retos que encabezan nuestro programa mundial para el próximo siglo. Debemos asegu-

rarnos de que la mundialización beneficie a todos y no sólo a unos pocos, y debemos proteger el medio ambiente.

Para lograrlo, necesitamos fortalecer el sistema multilateral. Debemos apoyar a las Naciones Unidas y su labor en pro de la paz, la seguridad y el desarrollo sostenible en todo el mundo. Debemos darles a las Naciones Unidas el primer lugar.

Juntos poseemos los conocimientos y los recursos necesarios para erradicar la pobreza. Sin embargo, 1.300 millones de personas viven en la pobreza extrema. Esto es inaceptable, moral y políticamente. Es una injusticia y un obstáculo para el progreso económico y democrático. Para todos los Estados Miembros, tanto del Norte como del Sur, el cambiar esta situación debe ser prioritario. Y las Naciones Unidas deben ser el instrumento principal. No hay alternativa. Forjemos una asociación mundial cuya meta sea la erradicación de la pobreza. Comencemos movilizand o la voluntad política y los recursos financieros necesarios para alcanzar el objetivo de reducir a la mitad la pobreza mundial para el año 2015. Es una cuestión de voluntad política; puede hacerse ahora.

Los Gobiernos nacionales tienen la responsabilidad primordial del desarrollo sostenible y de la satisfacción de las necesidades sociales. Deben promover y proteger el imperio de la ley, los derechos humanos y la democracia. Han de luchar contra la corrupción y aplicar políticas económicas bien fundamentadas. No cabe la menor duda de que la asistencia para el desarrollo es más efectiva en los países en los que el gobierno se basa en los principios de la buena gestión pública.

La comunidad internacional también debe esforzarse más por crear oportunidades económicas para el mundo en desarrollo. Las siguientes medidas tendrían un impacto importante.

Primero, tenemos que aumentar la asistencia oficial para el desarrollo que se transfiere del Norte al Sur. Noruega ha superado con mucho el objetivo de las Naciones Unidas durante dos décadas. Tenemos intención de aumentar más nuestra asistencia para el desarrollo hasta llegar al 1% del producto nacional bruto.

Segundo, son necesarias asociaciones que permitan a los Gobiernos nacionales tomar la iniciativa y determinar sus propias prioridades. El sector privado y los intereses del mundo de los negocios deben incorporarse al proceso de desarrollo, tal como ha subrayado el Secretario General.

Tercero, la asistencia al desarrollo y el alivio de la deuda deben ir a la par. Las naciones acreedoras deben brindar ahora un nuevo comienzo a los miembros más pobres de la comunidad mundial. La estrategia nacional de Noruega para el alivio de la deuda está dirigida especialmente a ese objetivo. Apoyamos también el impulso generado por el Grupo de los Siete para dar a los países pobres altamente endeudados un alivio sustancial de la deuda.

Cuarto, hay que facilitar y no obstaculizar la entrada de los países en desarrollo en el mercado mundial. A ello debe dedicarse la nueva ronda de negociaciones comerciales multilaterales de la Organización Mundial del Comercio (OMC).

En años recientes hemos visto un aumento de las guerras civiles, con frecuencia con un elemento adicional de participación extranjera. Las causas profundas a menudo se vinculan a tensiones étnicas, así como a la desigualdad en la distribución de los recursos económicos, sociales, naturales y políticos. Durante el decenio de 1990 las actividades de las Naciones Unidas han sido más extensas que nunca en la práctica de la diplomacia preventiva, en el despliegue de fuerzas para el mantenimiento de la paz y en la prestación de ayuda humanitaria a las víctimas de la guerra.

Pero al mismo tiempo hay críticos que aseveran que las Naciones Unidas han fracasado. Naturalmente muchas cosas podrían haberse hecho mejor, pero no debemos olvidar los muchos éxitos y no debemos olvidar que somos nosotros, los Estados Miembros, los responsables de dar a las Naciones Unidas los mandatos para actuar y el dinero y los medios para tener éxito. No hagamos de las Naciones Unidas el chivo expiatorio de nuestras propias deficiencias. Más bien hemos de asegurarnos de que el Consejo de Seguridad cumpla con su función principal en la paz y la seguridad internacionales. Debemos actuar de conformidad con la Carta de las Naciones Unidas y el derecho internacional. Tenemos que poner a las Naciones Unidas en primer lugar.

Eso quiere decir que hay que fortalecer la capacidad de las Naciones Unidas en materia de prevención de los conflictos, manejo de las crisis y de desarrollo a largo plazo. Todos los Miembros deben cumplir sus obligaciones financieras para con nuestra Organización mundial y sus operaciones de paz. La creación de una seguridad común tiene sus costos. En particular, es deber de los miembros más poderosos de las Naciones Unidas dar un buen ejemplo a los demás.

Las Naciones Unidas deben desarrollar más su cooperación con las organizaciones regionales. Como Presidente en funciones de la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE), Noruega ha venido trabajando para tener relaciones más estrechas con el sistema de las Naciones Unidas. Necesitamos una interacción constructiva entre todas las organizaciones internacionales, gubernamentales y no gubernamentales que participan en los trabajos de mantenimiento de la paz y su consolidación después de los conflictos en Europa y en otros lugares.

Kosovo es un ejemplo trágico de los complicados conflictos que se han producido en los últimos años. El establecimiento allí de una paz duradera requerirá los esfuerzos concertados de todas las partes: las Naciones Unidas, la Organización del Tratado del Atlántico del Norte (OTAN), la OSCE y la Unión Europea, entre otras. Nuestra preocupación inmediata es garantizar un entorno seguro para todos los pueblos de Kosovo mediante una presencia internacional fiable.

Debemos promover la integración entre todos los pueblos y naciones de Europa sudoriental. Hemos de incluir a todos y no aislar a nadie. Este verano en la Cumbre de Sarajevo prometimos hacer del Pacto de Estabilidad en Europa un elemento clave de nuestros esfuerzos por garantizar que la democracia, la paz y la prosperidad se arraiguen firmemente en toda la Europa sudoriental.

Al mismo tiempo, nuestros esfuerzos por construir la paz en los Balcanes no deben hacerse a expensas de los pueblos más pobres en otros lugares del mundo. No son ellos los que deben pagar los gastos.

Las Naciones Unidas y sus organismos especializados desempeñan un papel central en la prestación de asistencia de emergencia a las víctimas de la guerra en todas partes. La asistencia humanitaria debe complementarse con esfuerzos para promover la reconciliación, el desarrollo democrático y el respeto a los derechos humanos.

El acatamiento de los instrumentos internacionales es necesario para proteger a los civiles en los conflictos armados. Acogemos con beneplácito el informe del Secretario General y la resolución aprobada por el Consejo de Seguridad la semana pasada. En la próxima Conferencia de la Cruz Roja que se celebrará en Ginebra tenemos que generar el impulso necesario para asegurar los aspectos de protección del derecho humanitario internacional. La pronta entrada en vigor del Estatuto de Roma de la Corte Penal Internacional será una contribución vital al imperio del derecho.

Hemos de centrar nuestra atención en la seguridad humana, tomando como punto de partida a los individuos y sus comunidades. La lucha contra la pobreza es crucial para la seguridad humana.

La proliferación de las minas antipersonal y de las armas pequeñas y la utilización de los niños soldados constituyen una amenaza para la seguridad humana. Infligen heridas profundas a la sociedad y a los individuos. Recientemente, hemos visto cómo en Rusia el terrorismo ataca a gente inocente. Condenamos firmemente esos actos terroristas para los cuales no cabe ninguna excusa. Hay que intensificar los esfuerzos internacionales para hacer frente a esos graves problemas.

Debemos luchar enérgicamente en pro del desarme nuclear y la no proliferación. Hay que cumplir los principios y objetivos fijados en virtud del proceso establecido por el Tratado sobre la no proliferación de las armas nucleares (TNP). La pronta entrada en vigor del Tratado de prohibición completa de los ensayos nucleares y la ratificación del Tratado sobre ulteriores reducciones y limitaciones de las armas estratégicas ofensivas (START II) son prioridades esenciales. Lo mismo se puede decir de las negociaciones START III para reducir los arsenales nucleares y del tratado sobre la prohibición de la producción de material fisible. Estos son todos elementos vitales en un programa mundial para el desarrollo humano sostenible.

Cuando se desatan las catástrofes naturales, los pobres son los más vulnerables. Las recientes tragedias en Turquía y Grecia nos afectaron profundamente. Cada vez más, la presión del hombre contra el medio ambiente parece ser un factor que contribuye a los desastres naturales, que a menudo producen amplias destrucciones en los países en desarrollo. Debemos acelerar nuestros esfuerzos por ayudar a las naciones en desarrollo a ser menos vulnerables. En este sentido, Noruega concede gran importancia al período extraordinario de sesiones de la Asamblea General que se celebrará la semana próxima sobre el Programa de Acción de Barbados para el desarrollo sostenible de los pequeños Estados insulares en desarrollo.

La prevención de los conflictos, la ayuda humanitaria y los esfuerzos de desarrollo deben ir de la mano. Hay que abordar las causas subyacentes de la pobreza y la necesidad, no simplemente sus síntomas. La reforma política y económica debe ir en paralelo con la ayuda humanitaria. Tenemos que cerrar la brecha existente entre socorro y desarrollo a largo plazo. Esto exige una cooperación más estrecha y una mayor participación de toda la familia de las Naciones Unidas así como de las instituciones de Bretton Woods. Los

informes del Secretario General sobre África (A/52/871 y A/54/133) demuestran que la pobreza, el subdesarrollo y los conflictos violentos están íntimamente vinculados; no podemos abordar uno de esos aspectos sin abordar los demás.

El Secretario General ha señalado la necesidad de un enfoque amplio y una mejor coordinación de la prevención de los conflictos y de la consolidación de la paz después de los conflictos en el sistema de las Naciones Unidas. La Secretaría ha iniciado ya el proceso de aplicación y seguimiento. Noruega apoya totalmente la iniciativa del Secretario General y está dispuesta a suministrar apoyo financiero y práctico a este importante esfuerzo. Vamos a reservar 3 millones de dólares para que la Secretaría los use con ese fin.

La situación en África es preocupante. Los conflictos armados obstaculizan el desarrollo en muchos países. El SIDA también se está cobrando un precio muy alto. Por otra parte, hay señales positivas: vemos el crecimiento de la democracia, el paso al gobierno civil, las elecciones libres y las reformas políticas y económicas en muchos países africanos. Pero la pobreza sigue siendo un gran problema.

Noruega sigue firmemente comprometida con la paz y el desarrollo en África. Trabajaremos con nuestros socios africanos en pro de la gestión de los conflictos y la cooperación para el desarrollo. Trabajaremos con las Naciones Unidas, con la Organización de la Unidad Africana (OUA), con los órganos subregionales, tales como la Comunidad del África Meridional para el Desarrollo y la Comunidad Económica de los Estados del África Occidental, entre otros, para lograr nuestros objetivos comunes.

El proceso de paz del Oriente Medio se encuentra en una coyuntura crítica. La visión que las partes tenían en 1993, cuando se firmaron los acuerdos de Oslo, sigue siendo válida. El hecho de que Israel y los palestinos hayan iniciado ahora conversaciones sobre la condición jurídica definitiva es una señal muy positiva. La comunidad internacional debe tener como una de sus prioridades principales su firme apoyo al proceso de paz. Tenemos que trabajar junto con las partes para lograr una paz amplia, justa y duradera que garantice la prosperidad y la seguridad de todos los afectados.

El mundo necesita un mecanismo multilateral efectivo para hacer frente a los problemas comunes. Con vistas al próximo siglo tenemos, primero, que edificar unas Naciones Unidas más fuertes en las esferas de la seguridad mundial y el progreso económico y social; segundo, utilizar a las

Naciones Unidas como el instrumento principal para la paz y el desarrollo, la democracia y los derechos humanos; y, tercero, hacer frente a la pobreza y a la prevención de los conflictos como los principales retos a la cabeza de nuestro programa de trabajo. Nos corresponde a nosotros, los Estados Miembros, hacer que eso sea posible. Juntos podemos lograrlo.

El Presidente (*habla en inglés*): En nombre de la Asamblea General, quiero dar las gracias al Primer Ministro del Reino de Noruega por la declaración que acaba de formular.

El Sr. Kjell Magne Bondevik, Primer Ministro del Reino de Noruega, es acompañado al retirarse de la Tribuna.

Discurso del Sr. Samdech Hun Sen, Primer Ministro del Reino de Camboya

El Presidente (*habla en inglés*): La Asamblea General escuchará ahora un discurso del Primer Ministro del Reino de Camboya.

El Sr. Samdech Hun Sen, Primer Ministro del Reino de Camboya, es acompañado a la Tribuna.

El Presidente (*habla en inglés*): Tengo el gran honor de dar la bienvenida al Primer Ministro del Reino de Camboya, Excmo. Sr. Samdech Hun Sen, y de invitarlo a dirigirse a la Asamblea General.

Sr. Samdech Hun Sen (Camboya) (*habla en khmer, interpretación al proporcionada por la delegación*): Es un honor para mí dirigirme a esta Asamblea. Traigo las felicitaciones y los mejores deseos de Su Majestad, Norodom Sihanouk, Rey de Camboya, y del pueblo y el Gobierno Real de Camboya. Quiero informar a la Asamblea sobre las medidas recientemente adoptadas por Camboya y decirles que mi país está dispuesto a cumplir el papel que le corresponde en la comunidad de naciones. También deseo compartir con la Asamblea algunas modestas ideas sobre los acontecimientos mundiales del pasado y las responsabilidades del futuro.

En primer lugar, en nombre de la delegación del Reino de Camboya y en el mío propio, deseo expresar las más sinceras felicitaciones al Sr. Theo-Ben Gurirab por haber sido elegido Presidente de la Asamblea General en su quincuagésimo cuarto período de sesiones. Le deseamos éxito en su importante tarea y le prometemos nuestro pleno apoyo y cooperación.

Permítaseme también expresar mi sincero agradecimiento y admiración al Sr. Didier Opertti, Presidente de la Asamblea General en su quincuagésimo tercer período de sesiones, por su excelente dirección.

También quiero aprovechar esta oportunidad, en nombre del Gobierno Real y del pueblo de Camboya, para dar una cálida bienvenida a la República de Kiribati, la República de Nauru y al Reino de Tonga a las Naciones Unidas.

Precisamente el año pasado Camboya dio por fin vuelta una página de su historia, dejando atrás con firmeza la oscuridad de su pasado reciente y emergiendo hacia el nuevo amanecer de su futuro. Por primera vez en muchos decenios Camboya es ahora un país totalmente integrado, sin rebeldes o separatistas y sin luchas o conflictos de carácter interno. Finalmente se cerró el oscuro capítulo de lucha, violencia, turbulencia y disturbios. El año pasado celebramos elecciones abiertas y libres por nuestra propia cuenta, ayudados y vigilados de cerca por la comunidad internacional, que determinó que habían sido libres y justas. Después de prolongados debates entre los principales partidos elegidos con respecto a una plataforma común que sirviera a la causa del país y de su pueblo, se instauró un nuevo Gobierno de coalición.

Los últimos remanentes del genocida Khmer Rouge se han rendido o han sido capturados y se encuentran detenidos a la espera de ser juzgados por sus crímenes de genocidio. Estamos firmemente decididos a hacer todo lo que sea necesario para asegurar un juicio abierto para aquellos responsables de crímenes genocidas perpetrados en el país en el pasado. Al celebrar este juicio, equilibraremos con cuidado la necesidad de brindar justicia a nuestro pueblo, que fue la víctima de este régimen genocida, con el propósito de dejar finalmente atrás ese capítulo oscuro de nuestra historia nacional, así como la necesidad suprema de la reconciliación nacional constante y la preservación de la paz, la independencia y la soberanía nacionales tan arduamente conseguidas y que tanto valoramos.

La paz, que por muchos decenios no tuvimos, por fin impera ahora en todo el país. Camboya se ha unido a un importante grupo regional, la Asociación de Naciones del Asia Sudoriental (ASEAN), y está decidida a desempeñar su papel responsable en los asuntos regionales e internacionales.

Camboya y su pueblo están comprometidos con la democracia pluralista y con el mantenimiento y la protección de la dignidad humana y de los derechos humanos.

Nos guiaremos y regiremos en todos nuestros empeños por la búsqueda del imperio del derecho, que brinda igualdad a todos ante la ley y asegura que los procedimientos y las prácticas de carácter jurídico sean las mismas para todos y que la legislación sea aplicada por un sistema judicial competente e imparcial, con procedimientos inamovibles para las apelaciones y para impartir justicia.

En materia económica hemos aplicado y seguiremos aplicando políticas orientadas hacia el mercado, con redes de seguridad para los sectores vulnerables de la sociedad hasta que estén en condiciones de competir en un pie de igualdad con los demás. Nuestro principal objetivo es el alivio de la pobreza. Nuestras políticas y prácticas económicas, con generosa ayuda externa "por la cual estamos agradecidos", han dado por resultado un crecimiento sostenido durante los últimos años. Incluso durante la crisis financiera en la región, hace dos años, la economía cambojana mantuvo un ritmo absolutamente parejo.

Además, con una firme voluntad política, el Gobierno Real está llevando a la práctica su plataforma política y sus programas de reforma, con el fin de sentar una base viable para el crecimiento económico y el desarrollo sostenible a largo plazo. Los sectores fundamentales de los programas de reforma incluyen las desmovilización militar y policial; la reforma del sector público tendiente a fortalecer la democracia; el mejoramiento y el incremento de la eficiencia de los servicios públicos; el realce del imperio de la ley y del respeto por los derechos humanos; y las reformas económicas centradas sobre el mantenimiento de la estabilidad macroeconómica: fortalecimiento de las instituciones bancarias y financieras, reforma fiscal, gestión correcta de la propiedad pública y mayor inversión pública en la infraestructura física y social y en el desarrollo de recursos humanos.

Ahora que el siglo termina podemos decir con confianza que estamos firmemente en marcha como nación unificada; unificada en nuestro deseo de no ser arrastrados a las acciones divisivas del pasado sino de hacer lo que nos corresponde en la comunidad de naciones para lograr un porvenir mejor para toda la humanidad. Esperamos el futuro con un gran optimismo que surge de nuestros propios éxitos en la reconciliación política, de la avenencia y la adaptación al colocar los intereses a largo plazo del pueblo por encima de los beneficios partidarios estrechos y de corto plazo, y de nuestras correctas políticas económicas y sociales. Estamos decididos a que Camboya ingrese al nuevo siglo, y milenio, con renovada confianza y vigor y que contribuya al progreso del ser humano.

Este es un período de sesiones histórico que nos da a todos una oportunidad "en realidad, nos obliga" para reflexionar sobre el pasado y planificar en conjunto el futuro de nuestro planeta. Desde una perspectiva más amplia, podemos ver que la humanidad ha presenciado cambios y progresos inimaginables e incommensurables durante el último milenio. Los avances en la ciencia y la tecnología nos han ayudado a superar enfermedades mortíferas, extender y mejorar la vida y perfeccionar la condición humana. Hemos aumentado enormemente nuestro conocimiento de nuestro planeta y nuestro universo. Hemos eliminado las distancias y mejorado las comunicaciones para hacer de nuestra Tierra una aldea planetaria.

El Sr. Jasys (Lituania), Vicepresidente, ocupa la Presidencia.

En realidad, gran parte de nuestros progresos tecnológicos y muchos éxitos notables se han producido en los últimos 100 años. A medida que avancemos, surgirán más oportunidades de lograr mayores adelantos.

No obstante, nuestros logros también enmascaran muchas debilidades constantes y parecen dar lugar a peligros latentes. En un nivel mundial, hemos reducido en grandes proporciones nuestros recursos naturales, extrayendo minerales y utilizando recursos no renovables a un ritmo rápido; destruyendo nuestros bosques; agotando nuestros océanos; contaminando recursos que son fundamentales para nuestra propia supervivencia, tales como el aire y el agua; y llevando a la extinción a especies poco comunes de la fauna y de la flora, el valor de cuyas contribuciones al equilibrio y la armonía en la naturaleza todavía tenemos que comprender.

Hemos adquirido armas de tremendo poder que pueden destruir todo lo que hemos logrado y construido. La revolución tecnológica que hemos observado en este siglo ha llegado tan lejos que la moral humana todavía tiene que ponerse al día con ella. Hemos empleado enormes empeños y recursos —intelectuales, físicos y financieros— para lograr este tremendo progreso en la ciencia y la tecnología, pero debemos estar seguros de que estas realizaciones puedan ser aprovechadas y sirvan sólo para acrecentar el bienestar de la humanidad, en lugar de destruirlo.

La mayor preocupación del próximo siglo consiste en que el progreso revolucionario en la ciencia y la tecnología alcanzado durante los últimos 100 años ha dado por resultado, entre otras cosas, la producción de todo tipo de armas de destrucción en masa. Como consecuencia, existen ahora innumerables fábricas de armamento y un enorme arsenal

de armas modernas en muchos países del mundo entero. Mientras tanto, la modernización de las fuerzas armadas —que en realidad es una carrera de armamentos— prosigue sin cesar, junto con los muchos conflictos que se extienden por el mundo entero. ¿A dónde nos llevará esta situación? Este siglo ha sido testigo de dos grandes guerras, desencadenadas por la intolerancia y el fanatismo, que como secuela causaron más división. Se pierden más y más vidas. Abundan el odio y las tensiones sociales causados por diferencias religiosas y de otro tipo. El mundo ha llegado a una etapa de completo desorden, donde los ricos y poderosos imponen su programa sobre los pobres y obligan a los débiles a seguirlos.

También debemos recalcar que la investigación científica y tecnológica, que ha sido llevada a cabo en una forma moralmente irresponsable, ha convertido a nuestro mundo en un productor de drogas, donde la mayor parte de los descubrimientos ha sido hecha por los países desarrollados pero ha tenido consecuencias destructivas sobre los países en desarrollo pobres. El mundo enfrenta muchos desafíos fundamentales, tales como la delincuencia organizada, el tráfico de drogas y de seres humanos, etcétera, que ponen en peligro el futuro de las generaciones venideras.

Además, la brecha entre los ricos y los pobres, los poderosos y los débiles, los que tienen y los desposeídos, se ha ampliado. Hemos perdido el arte de compartir y cuidar. Nuestros números se han multiplicado muchas veces, pero la ciencia todavía tiene que encontrar la forma de alimentar a los futuros miles de millones de personas y ampliar la capacidad de la madre tierra para mantenernos. El envejecimiento de nuestras poblaciones ha de plantear inmensos desafíos para las futuras generaciones, porque una menor cantidad de personas productivas tendrá que satisfacer las necesidades de un número más grande de personas dependientes, jóvenes y ancianos por igual. Quinientos millones de personas viven en la pobreza abyecta, mientras unos pocos gozan de comodidades llamativas. Los pobres, vulnerables y oprimidos sufren en todas partes como consecuencia de la explotación y el descuido.

En nuestro rápido progreso y nuestra carrera cotidiana por lograr más y resolver temporariamente los problemas a medida que surgen, parecemos no prestar atención al futuro a más largo plazo. El alba del nuevo milenio nos obliga a hacer una pausa y reflexionar. En el pasado, el destino del ser humano fue guiado de tanto en tanto por mesías y visionarios previsores. Pero no podemos permitirnos esperar que aparezca otro mesías. Como todas nuestras religiones nos enseñan que hay un mesías muy dentro de cada uno de nosotros, ahí es donde debemos buscar las respuestas. Que

la arrogancia de nuestros logros justificados no nos induzca a la falta de acción para el futuro.

Los dirigentes del mundo tienen la singular y grave responsabilidad de llevar a cabo este examen de conciencia. A pocos de nosotros se nos da la posibilidad de emprender la tarea de trazar el rumbo del futuro cuando amanece el nuevo milenio. Tenemos que dejar de lado nuestros quehaceres cotidianos y juegos de poder y dedicar nuestra atención a los problemas de largo plazo. Unas pocas horas o días de reflexión en 2000 decidirán el destino de los próximos mil años, y más, para la humanidad y la madre tierra. Olvidemos por un tiempo todas nuestras diferencias; imaginemos que no hay fronteras nacionales o diferencias religiosas, raciales o regionales; y dediquemos nuestra atención a las esferas más importantes y fundamentales que deberemos abordar en los próximos cuatro o cinco años a fin de ubicar a nuestro planeta en el camino correcto para el futuro. Para hacer esto no necesitamos largas y dilatadas conferencias académicas de todo tipo y sobre cada tema. No necesitamos volúmenes de documentos. Sólo precisamos confiar en nuestro conocimiento colectivo; en las experiencias del pasado, que son enormes; y en nuestros buenos instintos básicos innatos.

En este sentido, deseo expresar el firme apoyo de Camboya a la cumbre del milenio, que reunirá a dirigentes de todos los países y que se celebrará en el año 2000, en la cual “sin tener que prestar atención a nuestras frases hechas, posar para las cámaras o complacer a la opinión pública nacional” podremos hablar de nuestro planeta y de la humanidad y de lo que es preciso hacer. Nuestra necesidad fundamental consiste en asegurar que se respete el concepto budista camboyano de “Dharma”, o su equivalente en cada religión, y que hagamos lo que los mesías anteriores nos han ordenado que hagamos. Fundamentalmente, debemos llevar una vida equilibrada y tolerante, en armonía con nosotros mismos, con nuestros vecinos, con otros seres, con la naturaleza y con el cosmos. Tal vez tengamos que imaginar y diseñar nuevos programas e instituciones, o reformar y reorientar de manera importante los ya existentes, si queremos encontrar el buen camino al acercarnos al nuevo milenio.

También tenemos que establecer programas de corto a mediano plazo de un carácter más práctico. De máxima prioridad es la necesidad de erradicar la pobreza, un flagelo y estigma constantes para la humanidad. Tenemos que concebir medidas para lograrlo en los primeros 10 años del próximo siglo. Los ricos tienen que compartir con los pobres, internacionalmente y dentro de los países, tarea que no es imposible. Ya el Grupo de los Ocho ha acordado

condonar las deudas de las naciones más pobres. Esta tendencia debe continuar, y la asistencia futura debe encauzarse mediante donaciones debidamente supervisadas más que por medio de préstamos.

En segundo lugar, debemos preservar y fortalecer nuestro medio ambiente y la ecología. Ya hemos podido apreciar la forma en que algunas áreas tratan de eliminar sus desechos contaminados en otros lugares. Es necesario poner fin a la generación de desechos o contenerlos en sus niveles en la fuente. En algunos casos tiene que haber algunos sacrificios en el consumo actual, pero ello requiere visión y determinación.

Por último, pero igualmente importante, necesitamos reevaluar el papel de las instituciones comunes y concentrarnos en sus aspectos positivos. Las Naciones Unidas nos han prestado buenos servicios por más de medio siglo. La Organización ha llevado a cabo una labor encomiable más allá de su mandato original y se ha adaptado a las necesidades cambiantes. Ha sido una plataforma para definir objetivos comunes. Pero necesitamos demostrar una determinación más dedicada para desembarazarnos de tantas funciones, comités y foros que han perdido pertinencia o su utilidad.

Dentro de las Naciones Unidas se ha logrado mucho bajo el liderazgo audaz y visionario del Secretario General Kofi Annan, y todos rendimos homenaje a su sabiduría y a su capacidad de gestión. Empero, siguen existiendo algunos desafíos, y es preciso emprender nuevos esfuerzos para limitar los crecientes niveles presupuestarios. Camboya apoya la reforma de las Naciones Unidas. La Organización y sus órganos especializados requieren unificarse más a nivel de los países bajo el mecanismo del coordinador residente de las Naciones Unidas. En otras palabras, debe haber una presencia única de las Naciones Unidas en cada país, y los organismos especializados deben llevar a cabo sus actividades bajo una única dirección, de la misma manera que un embajador se ocupa en general de todas las actividades de su país en el país anfitrión.

Con esa reforma, nuestro órgano mundial tendrá que mejorar los criterios para la contratación del personal y de funcionarios para los puestos en los diversos organismos de las Naciones Unidas, especialmente para los establecidos en los países miembros. De otra manera, se verán a sí mismos como dioses todopoderosos, sin virtud alguna, dispuestos a violar la soberanía de un país miembro, que ha pagado la cuota considerable que le está asignada para sufragar sueldos elevados. En este sentido, Camboya ha tenido algunas

experiencias en la historia de su cooperación con funcionarios de las Naciones Unidas.

El Reino de Camboya considera necesario, por otra parte, respetar estrictamente la Carta de las Naciones Unidas y fortalecer el papel del Consejo de Seguridad en el proceso de mantenimiento de la paz en el mundo. Formulamos un llamamiento a la comunidad internacional para que continúe contribuyendo al Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), a fin de que pueda seguir brindando asistencia para el desarrollo a los países menos adelantados.

También pensamos que el castigar a los pueblos pobres de los países menos adelantados, al imponerles sanciones y bloqueos económicos con el objetivo de lograr programas políticos propios, es algo que va en contra del principio de humanidad y del respeto de los derechos humanos, así como del derecho a la libre determinación del pueblo que vive en el país afectado. Por lo tanto, Camboya apoya plenamente la exigencia de muchos países de eliminar de modo inmediato el bloqueo económico impuesto contra Cuba.

Camboya acoge plenamente con beneplácito la decisión del Gobierno de Indonesia de aceptar la presencia de fuerzas multinacionales de las Naciones Unidas para el mantenimiento de la paz a fin de restablecer y fortalecer el orden y la estabilidad en Timor Oriental. Abrigamos la firme esperanza de que las fuerzas multinacionales de las Naciones Unidas para el mantenimiento de la paz cooperen de manera eficaz con el Gobierno de Indonesia a fin de crear rápidamente y con buenos resultados una situación pacífica para el pueblo de Timor Oriental.

Para terminar, permítaseme formular nuevamente un llamamiento a los dirigentes del mundo a fin de que aprovechen los albores del nuevo milenio para evaluar cuidadosamente nuestros logros y sus costos, así como los peligros futuros que enfrentamos, y consideren medidas importantes para establecer un nuevo orden mundial que lleve a este planeta en condiciones de seguridad hacia los próximos mil años. Las lecciones del pasado deben encaminarnos a garantizar un legado perdurable para las generaciones que habrán de nacer. Camboya está dispuesta a sumarse a este esfuerzo mundial.

El Presidente interino (*habla en inglés*): En nombre de la Asamblea General, quiero dar las gracias al Primer Ministro del Reino de Camboya por la declaración que acaba de formular.

El Sr. Samdech Hun Sen, Primer Ministro del Reino de Camboya, es acompañado al retirarse de la Tribuna.

Discurso del Sr. Marc Forné Molné, Primer Ministro del Principado de Andorra

El Presidente interino (*habla en inglés*): La Asamblea escuchará ahora un discurso del Primer Ministro del Principado de Andorra.

El Sr. Marc Forné Molné, Primer Ministro del Principado de Andorra, es acompañado a la Tribuna.

El Presidente interino (*habla en inglés*): Tengo el gran honor de dar la bienvenida a las Naciones Unidas al Primer Ministro del Principado de Andorra, Sr. Marc Forné Molné, a quien invito a dirigirse a la Asamblea General.

Sr. Forné Molné (Andorra) (*habla en catalán, texto proporcionado por la delegación*): Estamos llegando al fin del año 1999, una fecha que muchos aprecian como el final de una época, dada la proximidad del nuevo milenio. La inminencia de su llegada nos invita a reflexionar sobre el pasado de los hombres y de las mujeres.

Es con humildad que las naciones occidentales, como la mía, observan el desarrollo de la humanidad que, mucho antes de nuestro año primero, fue recogido por otros calendarios durante miles y miles de años, desde que el *homo sapiens* comenzó a crear utensilios de madera y de metal, así como a enterrar a sus muertos con dignidad o a construir imperios y culturas cada vez más grandes y cada vez más efímeros también. Todavía hoy nos maravillamos ante las misteriosas pinturas del hombre prehistórico, tales como las que encontramos en Andorra y en los Pirineos en general, o las grandiosas obras arquitectónicas del antiguo Egipto.

Nuestra cultura, nuestras artes, nuestra forma de vida han cambiado, por cierto; pero nuestro intelecto, aunque más cultivado y con mayores conocimientos, sigue enfrentándose a los problemas de la existencia humana del mismo modo, con las mismas vacilaciones, atrapado entre supersticiones, crueldades y temores, por un lado, y optimismo y esperanza, por el otro.

En síntesis, en los albores del año 2000 seguimos siendo esencialmente humanos y todavía podemos reconocer en nosotros las huellas de nuestros ancestros, que nacieron como consecuencia de una evolución natural. Sin embargo, el progreso de las sociedades humanas ha transformado tan

intensivamente nuestro medio ambiente que nuestra era es intrínsecamente nueva y difiere de aquellas que nos han precedido. Este nuevo mundo, tan reciente y tan obvio para nosotros, que nos parece que no podría ser de ninguna otra manera, es el mundo del nuevo milenio. La mundialización es lo que define el espíritu de nuestra época. Este fenómeno es de tal importancia que conviene que esta Asamblea General reflexione acerca de ello, cada uno de acuerdo con su perspectiva única. La universalidad de este foro internacional —en el que todas las naciones, grandes y pequeñas, por la clarividencia de sus fundadores tienen una misma voz— lo convierte en el lugar ideal para iniciar una reflexión madura acerca de la mundialización y sus efectos.

El siglo XIX vio el nacimiento del nacionalismo que dio cohesión a comunidades humanas de diversas dimensiones, mitificando sus elementos unificadores, a veces hasta el extremo. Andorra es un Estado, el fruto de un acuerdo jurídico que lo definió, muy anterior a la llegada del nacionalismo. Nuestra esencia nacional no está basada solamente en un idioma, el catalán, que compartimos con la misma propiedad con nuestros vecinos del sur y del norte, o en otras manifestaciones del nacionalismo moderno. Los pilares de nuestra comunidad son las instituciones: un sistema parlamentario democrático que comenzó en 1419, una cultura de la paz que ha continuado ininterrumpidamente desde 1278. Quizás debido a que la patria andorrana es el resultado de ideas políticas e institucionales compartidas en una experiencia histórica particular, fruto de un pacto, podemos recalcar hoy estas ideas en este discurso de modo que aquí, en las Naciones Unidas, puedan servir como elementos institucionales de unificación, promoviendo de este modo la idea de que la mundialización debiera compartirse en un proyecto común de progreso.

Lo que resulta importante en el nuevo milenio es conocer cómo orientar esta mundialización con criterio internacional, de modo tal que si un niño de las pampas argentinas o una niña del Gabón pueden igualmente reír y llorar por los mismos dibujos animados, su libertad y sus ambiciones también puedan ser iguales e igualmente incontenibles. Si sus infancias no son tan distintas culturalmente, las oportunidades políticas y económicas que les serán ofrecidas al llegar a la edad adulta debieran ser igualmente similares.

La mundialización es probablemente la mayor oportunidad para el género humano, pero no desarrollará su potencial si no es acompañada tanto de principios como de acciones políticas a los más altos niveles que permitan el establecimiento de nuevas comunidades “postnacionales” que, con culturas diferentes pero con características com-

partidas, puedan trabajar por un mundo de paz y de progreso económico. Esto no sucederá nunca sin las Naciones Unidas, la Organización indispensable. No hay naciones indispensables, del mismo modo que tampoco hay hombres y mujeres que valgan más o menos que otros por el solo hecho de su lugar de nacimiento. Los que existen hoy son los preceptos políticos y económicos indispensables que nuestros padres, sobrevivientes del Holocausto y de otros terrores de la segunda guerra mundial, supieron dar al sistema de las Naciones Unidas y a las demás organizaciones internacionales que le son cercanas. Esta Organización, que a muchos les gusta criticar, al mismo tiempo que se ve distorsionada o debilitada por la debilidad de sus Miembros, es en su esencia la expresión de uno de los más grandes momentos del alma de los seres humanos.

La fuerza política de las Naciones Unidas proviene de lo que representa el ámbito de la defensa de los derechos humanos y de la resolución pacífica de las controversias. Su fuerza en la esfera económica se basa en una denominada ética para el desarrollo. Antes hablé de los niños de las pampas argentinas o del Gabón, como lo hubiera podido hacer de los niños del oeste medio de los Estados Unidos, o del Asia oriental, o también de los de los Pirineos franceses o de la Península arábiga. Muchos de estos niños y niñas crecerán con las mismas aspiraciones, imbuídos de una cultura global, pero una vez que sean adultos las posibilidades de explorar sus potencialidades no serán las mismas y esto representará una gran injusticia en la cual puedan generarse las semillas de nuevas guerras, de nuevas explotaciones y de repetidas corrupciones. Para muchos de esos niños la mundialización tiene poco significado.

No podemos volver nuestras espaldas ante el hecho de que el 20% de la humanidad vive en condiciones de extrema pobreza y que muchos millones de otros seres humanos están cercanos a esa situación. ¿Qué representa para este gran número de personas la cultura mundial? Quizás simplemente un espejismo de todo aquello que podrían tener y disfrutar si el destino los hubiera hecho ciudadanos de un país más rico. El mundo tiene hoy más de 1.500 millones de personas sin acceso al agua potable, sin primeros auxilios sanitarios y con un alto índice de analfabetismo. ¿Qué clase de comunidad mundial podemos crear si estas cifras no dejan de crecer? En la Cumbre Social de Copenhague de 1995 las Naciones Unidas señalaron lo que se necesita hacer. Esa Conferencia trazó un camino que hemos comenzado a transitar, pero que hay que recorrer ahora con un paso más firme. ¿Por qué no intentamos en los decenios venideros de aplicar los deseos expresados en la política de las Naciones Unidas a las organizaciones económicas, tales como la Organización Mundial del Co-

mercio, el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial? Debemos hacerlo. De otra manera, la mundialización no podrá ser más que lo que es ahora: una dictadura del mundo financiero sobre los pueblos y sus representantes legítimos.

Abordar la discusión acerca de la responsabilidad de aquellos Estados que administran fondos de ayuda económica nos lleva a hablar de las cuestiones propias de los derechos políticos, del avance de la democracia, de la transparencia de los procesos políticos y económicos, y de la consolidación del imperio del derecho. Los modelos existen, y si bien algunos de ellos se han desarrollado en naciones específicas de la Tierra, no importan ningún derecho de propiedad intelectual. Las comunidades humanas son libres o no, sin que exista ninguna otra posibilidad. La verdadera democracia, la libertad para escoger a las personas que administran el bien público por medio de elecciones regulares, es la única forma de democracia que se puede defender. Actualmente, con la información de que disponemos, nadie puede pretender la defensa de la tiranía con argumentos culturales. Durante los primeros años del nuevo siglo será necesario que mantengamos vivos los principios de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, de modo que los pueblos sean educados en todas partes en la responsabilidad social del individuo y se acepte la democracia como la única forma natural de gobierno para todos los regímenes.

El reciente conflicto en Timor Oriental constituye un buen ejemplo de las posibilidades y al mismo tiempo de los peligros a los cuales las Naciones Unidas tienen que enfrentarse. Por un lado, nos encontramos ante un proceso largo pero fructífero mediante el cual una consulta válida en las urnas, aceptada por todas las partes involucradas, nos lleva a una resolución inequívoca. Por otro lado, una vez que este proceso democrático se llevara a cabo, la violencia estalló y ahora tenemos que reaccionar rápidamente a fin de contener la matanza. La capacidad de reacción de las Naciones Unidas y la movilización de las fuerzas de los Estados que las conforman se convierten en algo esencial. He ahí el tercer aspecto de las Naciones Unidas que tendrá que ser más efectivo que en la actualidad. El mantenimiento de la paz debe ser conducido con mecanismos de intervención más poderosos, mejor organizados, que permitan una acción rápida y garanticen la efectividad de que las palabras se conviertan en hechos.

La mundialización, una realidad de nuestros días, presenta tanto oportunidades como peligros. Para que sea una herramienta del progreso, debe acompañársela de un marco de referencia tanto político, que incluya la democra-

cia, el imperio del derecho y el respeto de los derechos humanos, como económico, con el objetivo de erradicar la pobreza y estimular el desarrollo. El sostenimiento de este sistema tendrá que provenir de las Naciones Unidas, con una verdadera capacidad de intervención de modo que el mantenimiento de la paz sea más eficaz. Este ha sido el punto de partida para una serie de observaciones. Les puedo garantizar que Andorra, un pequeño Estado que ha sido Miembro de las Naciones Unidas solamente desde 1993, hará todo lo posible a fin de que los esfuerzos para que las Naciones Unidas sean un instrumento de una mundialización positiva no se realicen en vano. Nuestros esfuerzos en el seno de la Organización aumentan a un ritmo creciente.

La participación activa de Andorra en la Conferencia de Roma para la creación de la Corte Penal Internacional, donde fue el segundo Estado, después de Italia, que firmó el Estatuto que comienza con palabras escritas por Andorra, ilustra muy bien el compromiso de mi país para ayudar a reforzar el imperio del derecho en todo el mundo.

Me complace anunciarles que una vez se hayan llevado a cabo con esmero los estudios jurídicos y la traducción a nuestro idioma catalán, mi Gobierno tramitará al *Consell General*, nuestro Parlamento, una copia del Estatuto para que sea ratificado. Esperamos así, en un plazo no demasiado largo, ser uno de los Estados que harán que la Corte Penal Internacional vea la luz al formar parte del primer número de ratificaciones necesarias del Estatuto para que entre en vigor. En esto nos ha precedido otro pequeño Estado de Europa, la República de San Marino, al cual felicitamos por su rapidez y apoyo a la Corte Penal Internacional.

La identificación de la acción de Andorra en las Naciones Unidas con las actividades en el área de los derechos humanos también seguirá ocupando un lugar especial en esta quincuagésimo cuarto período de sesiones de la Asamblea General. Particularmente, nuestra delegación seguirá con asiduidad los trabajos de la Comisión de Derechos Humanos en sus reuniones en Ginebra. La voluntad de Andorra de dejar patente su oposición a la pena de muerte como castigo de un crimen volverá a ser expresada, al mismo tiempo que insistiremos en la educación de los niños en los derechos humanos, como lo pide el artículo 29 de la Convención sobre los Derechos del Niño. También trabajaremos este año en las convenciones de derechos humanos de las Naciones Unidas a las cuales Andorra se ha comprometido a adherirse y que están pendientes de los trámites internos correspondientes.

El año 2001, como resultado de la rotación interna dentro del Grupo occidental, todo nos lleva a pensar que el Principado de Andorra será miembro del Consejo Económico y Social. Esto representa un hito importante en nuestro trayecto internacional y me satisface decirles que Andorra ya ha empezado a trabajar para preparar su presencia en este órgano tan importante de las Naciones Unidas. Como observadores, seguiremos el desarrollo del próximo período de sesiones del Consejo Económico y Social, que tendrá lugar el año 2000 en Nueva York. Para el período de sesiones del año 2001 en Ginebra, que afrontaremos ya como miembros de pleno derecho, la reciente extensión de nuestra misión permanente en esa sede asegurará el seguimiento de la parte sustantiva de ese período de sesiones. En este sentido, hemos encomendado a nuestro Representante Permanente que en el decurso de este período de sesiones de la Asamblea establezca quienes de sus colaboradores y con qué mandato habrán de incorporarse a la delegación de Andorra que asistirá a la reunión del Consejo Económico y Social en 2001. Esta preparación previa asegurará que nuestra tarea dentro del Consejo pueda estar a la altura de sus notables trabajos, especialmente en su lucha contra la pobreza.

Siguiendo en el aspecto económico, la candidatura de Andorra a la Organización Mundial del Comercio es en estos momentos uno de los retos más importantes de mi país, juntamente con la aproximación que exploramos con nuestros vecinos de la Unión Europea. Como pequeño Estado que evalúa sus oportunidades económicas, nos interesa particularmente comprender las tendencias de los flujos comerciales mundiales y estar presentes en ellos.

El año 1998, cada andorrano destinó unos seis dólares a nuestro presupuesto anual para contribuciones a las Naciones Unidas; esta es la cifra per cápita de la contribución andorrana a la Organización. No es demasiado, pero es mucho más de lo que paga o de lo que debiera pagar cada habitante de aquellos países con altos ingresos per cápita. Una buena parte de esta suma fue destinada a contribuciones voluntarias para el desarme. Recientemente se inauguró una exposición sobre los niños y las armas pequeñas preparada por el Departamento del Subsecretario General Dhana-pala y el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF), exposición que Andorra patrocinó y que será elevada a diferentes lugares del mundo para concienciar sobre la tragedia que supone la presencia de tantas armas pequeñas en los lugares de conflicto, sobre todo para la juventud. También se han destinado contribuciones andorranas a los programas de recolección de armas pequeñas en algunos Estados que han sufrido su masiva presencia. Es la intención de mi país seguir contribuyendo en iniciativas

como estas para expresar nuestra solidaridad con las acciones de paz de las Naciones Unidas. Es correcto que un país como el mío, que ha tenido la bendición de 721 años de paz ininterrumpida, participe en las actividades de las Naciones Unidas que contribuyen a crear una cultura de la paz.

La última vez que visité la Sede de las Naciones Unidas, durante el mes de mayo del año pasado, lo hice con la finalidad de presentar el programa de informatización de los archivos del Grupo de Estados de Europa Occidental y otros Estados al Grupo de trabajo de alto nivel sobre informática. Me sentí legítimamente contento que la misión diplomática de un pequeño Estado como el nuestro hubiera tenido la iniciativa de llevar adelante este proyecto, con la colaboración técnica del Centro Nacional de Informática de Andorra. Los ordenadores informáticos instalados en la Misión de Andorra funcionan a buen ritmo y otros grupos regionales nos han pedido información para poner en funcionamiento un sistema similar. Reitero, pues, mi oferta del año pasado de cooperación andorrana con misiones de grupos regionales diferentes que estén interesados en ello.

Las Naciones Unidas no son perfectas, pero es lo mejor que tenemos para orientar el mundo imprevisible del tercer milenio hacia una cultura de la paz y de la solidaridad internacional orientada a favorecer el desarrollo.

Nos quedan muchas tareas pendientes en el ámbito interno: la reforma del Consejo de Seguridad, la nueva labor del Consejo de Administración Fiduciaria, la revitalización del Consejo Económico y Social, la ampliación de las posibilidades para las operaciones de mantenimiento de la paz, y muchas más.

Tenemos la suerte de poder contar con la Organización para hacer frente a este mundo marcado por la mundialización. No olvidemos, al fin y al cabo, que al final de cien años marcados por los peores excesos de la humanidad, las Naciones Unidas representan nuestra alma buena, y que en su centro no hay ninguna máquina: hay seres humanos excepcionales, siendo el primero de ellos Kofi Annan, Secretario General; Didier Opertti, el Presidente saliente de la Asamblea, a quien agradecemos de todo corazón por su trabajo bien hecho; Theo-Ben Gurirab, nuestro actual Presidente, a quien felicitamos por su elección; y tantas y tantas personas, que de manera individual aportan su convicción a esta casa común de la humanidad. Nos reconforta pensar no en las estructuras, sino en aquella gente que, incansable, trabaja para alcanzar un mundo mejor. Tengamos el optimismo de creer en nuestra especie. Yo creo que, como decía el premio Nobel William Faulkner,

“el hombre no sólo soportará, sino que prevalecerá. Es inmortal no porque entre las criaturas él solo tenga una voz inextinguible, sino porque tiene alma y un espíritu capaz de compasión, sacrificio y resistencia.”

El Presidente interino (*habla en inglés*): En nombre de la Asamblea General, quiero dar las gracias al Primer Ministro del Principado de Andorra por la declaración que acaba de formular.

El Sr. Marc Forné Molné, Primer Ministro del Principado de Andorra, es acompañado al retirarse de la Tribuna.

Discurso del Honorable Mahendra Pal Chaudhry, Primer Ministro de la República de las Islas Fiji

El Presidente interino (*habla en inglés*): La Asamblea escuchará ahora un discurso del Primer Ministro de la República de las Islas Fiji .

El Honorable Mahendra Pal Chaudhry, Primer Ministro de la República de las Islas Fiji, es acompañado a la Tribuna.

El Presidente interino (*habla en inglés*): En nombre de la Asamblea General, tengo el honor de dar la bienvenida a Su Excelencia el Honorable Mahendra Pal Chaudhry, a quien invito a dirigirse a la Asamblea General.

Sr. Chaudhry (Fiji) (*habla en inglés*): Es un honor traer a esta Asamblea el cálido saludo y los mejores deseos del Gobierno y del pueblo de las islas amigas de Fiji.

En su nombre, deseo felicitar al Presidente por su elección. Le interesará saber que su país, Namibia, está en el mismo grupo que mi país en la Copa Mundial de Rugby, que comienza en Gales el mes próximo. Al tiempo que somos rivales amistosos en el campo de juego del rugby, confiamos en que con su extensa experiencia y sus impresionantes credenciales podremos realizar otro período de sesiones fructífero de la Asamblea General.

También queremos expresar nuestro profundo aprecio y gratitud a nuestro destacado Secretario General y a los miembros del Consejo de Seguridad por la forma competente y eficaz con que han dirigido las Naciones Unidas durante el transcurso del año pasado.

El principal problema de la comunidad internacional sigue siendo el ayudar a garantizar que haya libertad,

justicia, paz y prosperidad en cada parte de nuestro hábitat común, el buen planeta Tierra.

Confío en que este período de sesiones de la Asamblea General prestará particular atención a los temas específicos que afectan directamente a nuestra responsabilidad colectiva, en nuestra calidad de Estados Miembros de las Naciones Unidas, con miras a promover la paz, la seguridad y el desarrollo para hacer de nuestro buen planeta Tierra un lugar mejor y más seguro para todos sus ciudadanos.

Al respecto, deseo expresar mi reconocimiento al Gobierno de la República de Indonesia por su visión previosa al dar al pueblo de Timor Oriental la libertad de elegir su futuro político. Ahora que han realizado libremente su elección, Fiji se une a otros Estados Miembros de las Naciones Unidas en el llamamiento al Gobierno de Indonesia para que facilite la transición pacífica y ordenada de Timor Oriental a la independencia y a ser una nación de pleno derecho.

Para ello resulta fundamental realizar todos los esfuerzos posibles a fin de restablecer la paz y el orden, y adoptar y aplicar las medidas de seguridad eficaces que permitan que la población de Timor Oriental regrese a sus hogares. La trágica situación que se ha producido allí, con la pérdida de cientos de vidas, pudo haberse evitado si el Gobierno y los militares de Indonesia hubiesen cumplido adecuadamente su responsabilidad de encarar con determinación a los elementos armados ilegales.

Como miembro del sistema de las Naciones Unidas, Fiji está dispuesto a participar junto a otros Estados Miembros en la fuerza de mantenimiento de la paz de las Naciones Unidas en Timor Oriental para sentar las bases de una paz duradera en esa nueva nación. Instamos también a la comunidad internacional a prestar asistencia concreta para que Timor Oriental pueda establecer un Gobierno eficaz y reconstruir su destrozada economía.

Aprovecho esta oportunidad para reafirmar el permanente compromiso de Fiji con las operaciones de mantenimiento de la paz de las Naciones Unidas en el Líbano, el Sinaí, Bosnia y Kosovo. En nuestra propia región de las islas del Pacífico, seguimos dispuestos a prestar ayuda y asistencia a Papua Nueva Guinea para lograr una paz permanente en Bougainville, como parte de una misión de paz regional del Foro del Pacífico Sur. En las Islas Salomón ya estamos preparados para cooperar con el Gobierno, a invitación y con los auspicios del Commonwealth, a fin de restaurar la paz y promover la buena voluntad y la comprensión de la población de ese importante Estado vecino.

En todo ello, el principio rector de la participación de Fiji es el respeto por los derechos soberanos de los países en cuestión y el mantenimiento de las libertades y los derechos democráticos de los pueblos.

Hacer sacrificios para servir a nuestros intereses comunes no es algo extraño para Fiji, ya que mediante la buena disposición de las diversas comunidades que componen nuestra sociedad multiétnica y multicultural a hacer sacrificios con el fin de salvaguardar nuestro futuro colectivo es que hemos tenido éxito en construir un marco constitucional convenido para la paz y la prosperidad de nuestro país. En julio de 1997 aprobamos unánimemente una nueva Constitución para reemplazar a la Constitución cargada de elementos raciales que se impuso a nuestra población después del golpe militar de 1987. En virtud de esta nueva Constitución, en mayo de este año se celebraron elecciones generales. En esas elecciones libres y democráticas, mi Gobierno fue elegido por una mayoría clara y abrumadora. Ganamos en forma decisiva las elecciones porque nuestro Partido de la Coalición Popular prometió políticas de desarrollo centradas concretamente en abordar las necesidades básicas del pueblo: la necesidad de ingresos regulares mediante empleos u oportunidades comerciales; la necesidad de una mejor educación y mejores servicios de salud; un suministro de agua potable seguro; electricidad; un buen nivel de viviendas a precios asequibles; calles y vecindarios seguros; y un medio ambiente limpio y saludable. Pero, sobre todo, se hizo hincapié en la necesidad fundamental de brindar alivio y prestar asistencia a las personas pobres, las de bajos ingresos y al número cada vez mayor de quienes, sin culpa alguna de su parte, viven en la pobreza más absoluta.

El desempleo y la pobreza pueden enfrentarse eficazmente sólo cuando el pueblo tiene la oportunidad, mediante el desarrollo, de aplicar plenamente el talento y la capacidad brindados por Dios. Para promover el desarrollo necesitamos un crecimiento económico sostenido, pero un crecimiento que cree empleos y oportunidades para amplios sectores de la sociedad. El crecimiento que crea riqueza tan sólo para unos pocos y no alcanza a las masas que viven en la miseria absoluta no puede considerarse como bien nacional. Por lo tanto necesitamos fomentar el crecimiento económico para el desarrollo humano. Debe considerarse como derecho de todo ciudadano en cualquier sociedad el compartir los beneficios del crecimiento, el desarrollo y el progreso, beneficios no sólo en forma de bienestar material sino también en forma de una mejor calidad de vida mediante el hecho de realizarse y de experimentar la satisfacción que proviene de servir a los demás y de amar a los vecinos y al prójimo.

Lo mismo ocurre con la comunidad mundial. La promoción de un comercio internacional más libre para un mayor crecimiento y una mayor prosperidad se debe realizar con un fuerte sentido de justicia económica y social. En las reuniones internacionales como ésta escuchamos retóricas y promesas rimbombantes relativas a arreglos internacionales que favorecerían a todas las naciones. Ese tipo de promesas sobre ganancias provenientes del libre comercio son las que escuchamos en la Organización Mundial del Comercio. Sin embargo, en realidad las oportunidades nunca son similares, y menos aún iguales, dado que las condiciones y las circunstancias son diferentes y varían de un país al otro. Por lo tanto no sorprende que los acuerdos internacionales auténticamente destinados a facilitar un comercio internacional más libre y más beneficioso para todos se hayan visto debilitados y frustrados por las decisiones unilaterales y las medidas tomadas para proteger los intereses económicos y políticos nacionales creados.

La mundialización y nuestra interdependencia cada vez mayor deben ir acompañadas por un compromiso internacional firme y auténtico, en particular contraído por las economías que dominan el comercio mundial, las finanzas internacionales, la tecnología y la producción industrial, a fin de que se elaboren arreglos especiales para las economías en desarrollo. El objetivo concreto debe ser crear nuevas oportunidades para los países en desarrollo a fin de que obtengan ingresos más elevados mediante sus propios esfuerzos como países participantes del sistema comercial mundial.

Esa es la razón por la que mi país, junto con otros países de las regiones del Pacífico, de África y del Caribe, están profundamente agradecidos a la Unión Europea por el acuerdo de comercio especial y otros arreglos en virtud del Convenio de Lomé. Por lo que se refiere a Fiji, 300.000 personas de nuestra población de 800.000 dependen directa o indirectamente de la industria azucarera para vivir y ha sido el protocolo del azúcar del Convenio de Lomé con la Unión Europea el que ha contribuido a mantener la sostenida viabilidad de esa importante industria. Al mismo tiempo, nos permite alcanzar la eficiencia interna necesaria para mejorar nuestra competitividad internacional.

De la misma manera, el Acuerdo de Cooperación Económica y Comercio Regional del Pacífico Meridional, o SPARTECA, que Australia y Nueva Zelandia mantienen en vigencia con las Naciones insulares del Pacífico, ha sido un factor importante para aumentar las exportaciones de las islas del Pacífico hacia esos dos países. Ese Acuerdo ha estimulado nuevas industrias en el sector manufacturero de nuestro país, ha aumentado sustancialmente nuestras ganancia-

cias por concepto de exportaciones y ha contribuido a crear nuevos empleos para miles de personas de nuestro pueblo.

Por supuesto, nos sentimos agradecidos por la asistencia para el desarrollo que estamos recibiendo de los donantes bilaterales y multilaterales. Agradezco en particular a nuestros donantes tradicionales como Australia, Nueva Zelandia, el Japón, el Reino Unido, la Unión Europea, la República Popular de China y muchos otros, junto con los diversos organismos de desarrollo de las Naciones Unidas. Esa asistencia para el desarrollo ha tenido un gran valor para nuestra economía y nuestras actividades de desarrollo social.

Apreciamos profundamente toda esa asistencia, pero creemos que el ayudarnos con mayores oportunidades para el comercio y la inversión es la mejor forma de ayuda para que logremos alcanzar mayores tasas de crecimiento y progreso mediante nuestra propia capacidad. Por lo tanto, acogeríamos con beneplácito un mayor y más firme apoyo de las Naciones Unidas para las políticas mundiales que contribuyen concretamente a aumentar la inversión de capital extranjero y la asistencia a los países en desarrollo.

Nos hemos sentido muy decepcionados por lo que consideramos ser una falta de voluntad genuina de la comunidad internacional, en particular de los organismos donantes bilaterales y multilaterales y de los grandes mercados desarrollados, para responder en forma positiva al Programa de Acción de Barbados sobre el Desarrollo Sostenible de los Pequeños Estados Insulares en Desarrollo, el cual se elaboró hace cinco años.

Por ello, espero sinceramente que en el próximo período extraordinario de sesiones sobre los pequeños Estados insulares en desarrollo se convenga sin demora un régimen común de apoyo internacional para ayudarles en su esfuerzo por lograr un desarrollo sostenible.

A este respecto, al Gobierno de mi país le satisface el hincapié que están haciendo organismos multilaterales como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional (FMI) y el Banco Asiático de Desarrollo, en ayudar a los países con economías en desarrollo a erradicar la pobreza, promover el desarrollo de los recursos humanos mediante la mejora de la educación y de los servicios de salud y perfeccionar y ampliar la infraestructura para respaldar las inversiones económicas, tanto nacionales como extranjeras.

Aprovecho la oportunidad para felicitar al Reino de Tonga, a la República de Nauru y a la República de Kiribati por su admisión a las Naciones Unidas. No cabe duda de

que su ingreso aumentará la fuerza y la resonancia de la voz de los Estados insulares del Pacífico en este importantísimo foro internacional. Pero, al igual que ellos, nosotros, la República de las Islas Fiji, reconocemos que, en esencia, la fortaleza de las Naciones Unidas depende de la calidad del compromiso de cada uno de sus Estados Miembros con los propósitos y la misión fundamentales establecidos en la Carta de las Naciones Unidas y en otros documentos conexos.

En el Artículo 56 de la Carta se nos recuerda a todos nuestra responsabilidad colectiva. Todos los Estados Miembros deben comprometerse a tomar medidas conjunta o separadamente, en cooperación con la Organización, para la realización de sus propósitos.

En el artículo 1 de la Declaración Universal de Derechos Humanos se dice que todos estamos dotados de razón y conciencia y que debemos comportarnos fraternalmente los unos con los otros. En mi país, la República de las Islas Fiji hemos aprobado una serie de principios fundamentales en nuestra nueva Constitución, que son la base para la consolidación de la paz, la unidad y la estabilidad en nuestra sociedad multiétnica y multicultural. En Fiji creemos en el tipo de pluralismo cultural que reconoce el valor y la contribución de todas las comunidades; también creemos que la diversidad cultural enriquece a nuestra sociedad. Pero todo ello lo conjugamos con la inclusión y la unión de todos nuestros ciudadanos centrándonos en nuestras necesidades comunes como seres humanos. Creemos sinceramente que la misión de nuestro Gobierno y, evidentemente, de cualquier gobierno es ocuparse por igual de las necesidades y las preocupaciones de desarrollo de todos los ciudadanos y prestarles la misma atención, independientemente de su raza, religión, sexo o condición económica y social. Tales principios y criterios están dando buen resultado en Fiji y estoy convencido de que su aplicación universal también contribuirá a que la paz, la buena voluntad y la comprensión internacionales sean mayores. Evidentemente, cuando pensemos en el inicio del nuevo milenio y, en especial, en la propuesta cumbre del milenio de la Asamblea General en septiembre del año próximo, deberemos plantearnos seriamente nuestros propósitos y renovar nuestra determinación porque ésta es una oportunidad única de sentar nuevas bases para la cooperación internacional.

La delegación de mi país apoya plenamente al Secretario General en su esfuerzo por reformar la Organización, que se fundó hace 54 años. Esta reforma no tendrá sentido si no incluye una revisión de la Carta de las Naciones Unidas para reflejar la realidad actual.

En cuanto al Consejo de Seguridad, debe aumentar tanto el número de miembros permanentes como no permanentes sobre la base de una representación equitativa de las diferentes regiones geográficas del mundo. También instamos a que se revisen las agrupaciones regionales de las Naciones Unidas, cuyo objetivo es la representación en los diversos organismos y órganos especializados, con vistas a modificar su composición. Una vez más, se trataría de garantizar una representación justa y equitativa de las diversas regiones geográficas.

Por ejemplo, los países de la región del Pacífico se encuentran divididos entre el Grupo Asiático y el Grupo de Estados de Europa occidental. Australia y Nueva Zelandia forman parte del Grupo de Estados de Europa occidental. Por otra parte, Fiji y otros Estados insulares del Pacífico Meridional son miembros del Grupo Asiático. Semejante configuración no sólo es discriminatoria desde un punto de vista étnico sino que, actualmente, también es artificial e impropio.

Por ello, creo que ha llegado el momento de que se permita a los Estados Miembros del Pacífico Meridional a tener su propia agrupación regional en las Naciones Unidas. Lo que pedimos con esta propuesta no es totalmente nuevo, puesto que es lo que se ha aceptado hacer en organismos de las Naciones Unidas como la Organización Mundial de la Salud (OMS) y la Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO).

En cuanto al programa de desarrollo, creemos que las Naciones Unidas deben ocuparse más de sus responsabilidades en virtud del Artículo 55 de la Carta de las Naciones Unidas sobre el fomento de la cooperación internacional en el desarrollo económico y social, con especial mención a las necesidades de los países en desarrollo.

En la Cumbre Mundial sobre Desarrollo Social que se celebró en Copenhague en 1995, se acordaron 10 compromisos principales que deberían formar parte de un programa de acción para fomentar el desarrollo social, incluida la erradicación de la pobreza en el mundo, mediante acciones nacionales decisivas y la cooperación internacional. Estamos a la espera del examen que efectuarán las Naciones Unidas de este importantísimo Programa de Acción, el año próximo. Con el inicio de un nuevo milenio, las Naciones Unidas deberán afrontar el desafío de reiterar su compromiso con este objetivo fundamental de fomentar la justicia y la igualdad sociales y considerarlo la prioridad del desarrollo económico tanto en la esfera nacional como internacional.

A todos, Estados Miembros, organismos multilaterales como el Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, así como diversos organismos de desarrollo de las Naciones Unidas, nos corresponde colaborar en la toma de todas las medidas adecuadas para crear las condiciones de estabilidad y bienestar necesarias para las relaciones pacíficas y amistosas entre las naciones.

Como he dicho, nuestra pertenencia a las Naciones Unidas y nuestra presencia aquí, en este período de sesiones de la Asamblea General, demuestran nuestro compromiso con la Carta de las Naciones Unidas en cuanto al mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales. Insto a todos los Estados Miembros a trabajar juntos para promover la resolución de las disputas y de los conflictos mediante el diálogo y la búsqueda del consenso. Y debemos hacerlo siempre reconociendo y respetando la soberanía y la independencia nacionales.

Como hombres y mujeres de buena voluntad, nos hemos reunido aquí, en las Naciones Unidas, para afirmar una vez más nuestro compromiso común de promover un mundo más pacífico. Pero debemos recordar que la paz es más que la ausencia de guerra o de conflicto. La paz únicamente será real y duradera cuando todo el mundo colabore estrechamente en la creación de unas condiciones de vida de libertad y seguridad, así como de justicia y dignidad.

Por ello, debemos colaborar y cooperar para fomentar el comercio internacional de bienes y servicios, la transferencia de tecnología y de recursos financieros y el desarrollo, del que se benefician todos los países, grandes y pequeños, desarrollados y en desarrollo. Y actuemos de consuno, de forma responsable, para salvaguardar y proteger nuestro inestimable medio ambiente nacional e internacional.

Por último, ruego al Todopoderoso que nos bendiga a todos, como hijos de su divina creación, con su sabiduría y su amor, para que podamos vivir juntos y tratarnos como si fuéramos hermanos y hermanas, unidos por el interés y la preocupación de los unos por los otros.

El Presidente interino (*habla en inglés*): En nombre de la Asamblea General, quiero dar las gracias al Primer Ministro de la República de las Islas Fiji por la declaración que acaba de formular.

El Honorable Mahendra Pal Chaudhry, Primer Ministro de la República de las Islas Fiji, es acompañado al retirarse de la Tribuna.

El Presidente interino (*habla en inglés*): Tiene la palabra el Ministro de Relaciones Exteriores de Côte d'Ivoire y ex Presidente de la Asamblea General, Excmo. Sr. Amara Essy. Es para mí un honor y un placer mencionar aquí que el Sr. Amara Essy es el segundo ex Presidente de la Asamblea General que escucharemos hoy. El primero ha sido el Sr. Abdelaziz Bouteflika, Presidente de la República Argelina Democrática y Popular, quien ha intervenido esta mañana.

Sr. Essy (Côte d'Ivoire) (*habla en francés*): Deseo decirle a mi amigo Theo-Ben Gurirab que me siento orgulloso y feliz de que sea un africano quien conduce a la Asamblea General hacia el nuevo milenio. Lo felicito de todo corazón y estoy convencido de que la experiencia que ha adquirido, primero como representante de la Organización Popular del África Sudoccidental ante las Naciones Unidas y, posteriormente, durante su rica carrera diplomática, lo ayudará a resolver las cuestiones complejas que se presentan y se presentarán durante el período de sesiones en curso. Es un honor tanto para su país como para todo el continente africano. También deseo felicitar a los demás funcionarios de la Oficina de la Asamblea General. El Presidente puede estar seguro de que mi delegación siempre estará dispuesta a trabajar con él para que concluyan con éxito las labores de este período de sesiones.

Del mismo modo, expreso nuestro agradecimiento a su predecesor, el Excmo. Sr. Didier Opertti, del Uruguay, por la calidad del trabajo realizado durante su Presidencia.

Al Secretario General, Kofi Annan, le rindo homenaje una vez más y le reitero el aprecio de Côte d'Ivoire por el modo diligente y competente en que desempeña el mandato que se le ha confiado.

Mi delegación le da la bienvenida a los tres nuevos Miembros de nuestra Organización: la República de Kiribati, la República de Nauru y el Reino de Tonga.

En los albores de un nuevo milenio, nuestra Organización debe adaptarse a las nuevas circunstancias de las relaciones internacionales para aumentar su eficacia en todos los ámbitos, incluido el mantenimiento de la paz y de la seguridad internacionales. Cada día que pasa nos revela las disfunciones de la sociedad internacional. Transcurridos casi 10 años de la euforia que provocó el fin de los antagonismos ideológicos, todavía no hemos conseguido establecer los mecanismos reguladores de la política, la economía y las finanzas, que podrían conducirnos al mundo en paz al que nos invitaba la Carta de 1945.

En el umbral del siglo XXI no podemos sino comprobar que la fuerza continúa prevaleciendo sobre el derecho, que los focos de guerra no dejan de multiplicarse, que a menudo se pisotean los derechos humanos y que gran parte de los seres humanos no tienen más que una idea muy remota de lo que es el progreso social.

A pesar de ello la Carta de 1945 sigue siendo de actualidad y únicamente falta aplicar plenamente los grandes principios en ella consagrados. Los pueblos siguen creyendo plenamente en las Naciones Unidas. Ello nos obliga a esforzarnos constantemente por aumentar su credibilidad y fortalecer su capacidad de respuesta a los desafíos que se les plantean.

Desde hace muchos años nuestra Organización inició el camino de la renovación. Se han formado muchos grupos de trabajo para reformar las principales estructuras con miras a adaptarlas más al nuevo contexto internacional. El propio Secretario General de las Naciones Unidas se ha consagrado a esta misión y se encarga, entre otras cosas, de reformar las áreas que le competen. Ahora nos toca a nosotros, los Estados Miembros, actuar de consuno para que el proceso concluya en los próximos meses.

Esperamos que la Cumbre del Milenio, prevista para el próximo mes de septiembre, consagre el lanzamiento de las Naciones Unidas al siglo XXI. Por consiguiente, es extremadamente urgente concluir el proyecto de ampliación del Consejo de Seguridad. No cabe duda de que ampliando el número de miembros permanentes y no permanentes, entre los que tendría que haber representantes africanos, también se ayudará a corregir la falta de visibilidad política del Consejo de Seguridad. La crisis de Kosovo demostró hasta qué punto era necesario reiterar la primacía del Consejo y, a través de ella, la de las Naciones Unidas.

Confirmar la autoridad del Consejo no debe implicar, en modo alguno, una reducción del papel de la Asamblea General. Este órgano, cuya naturaleza representativa le confiere gran legitimidad, debe ser el corazón del sistema con todo lo que supone de habilidad para determinar el curso general de las Naciones Unidas. Pero semejante reforma institucional no será plena si hay Estados que no cumplen plenamente con sus obligaciones financieras. Al reiterar la validez de los principios de la Carta, en los albores de un nuevo milenio, estamos comprometidos a garantizar la paz y la seguridad internacionales para las generaciones futuras.

Desde hace dos años nuestra Organización presta especial atención a los conflictos que desgarran a África. En

su informe (S/1998/318), que presentó al Consejo de Seguridad el 13 de abril de 1998, el Secretario General destacaba las numerosas causas de estos conflictos. También pasaba revista a los medios que hay que desplegar para fomentar la paz, el más importante de los cuales es una política de desarrollo que permita erradicar las semillas de la violencia. Por su parte, los Estados africanos no escatiman esfuerzos para dotarse de mecanismos que les permitan prevenir las situaciones conflictivas o intervenir en caso de necesidad.

Convencida de que la guerra no es una fatalidad y de que las claves de la paz pueden alcanzarse cuando hay una voluntad política, la Asamblea de Jefes de Estado y de Gobierno de la Organización de la Unidad Africana (OUA) ha declarado unánimemente, que el restablecimiento de la paz en el continente su actividad prioritaria para los próximos años.

Pero no nos engañemos. Este objetivo sólo se alcanzará si la comunidad internacional, a la que representa nuestra Organización, se moviliza y apoya plenamente los esfuerzos de África. No tengo la intención de ignorar todo lo que han hecho nuestros países amigos, los Estados Unidos, Francia, el Reino Unido, el Japón y el Canadá, por citar unos cuantos, para investigar nuevas formas de fomentar la paz y la seguridad en África y reforzar las capacidades del continente en este sentido. Querría recordar aquí que se ha establecido en mi país, en Zambakro, un centro de entrenamiento militar especializado en los nuevos métodos de mantenimiento de la paz, que está abierto a todos los Estados africanos.

Tampoco puedo dejar de mencionar las iniciativas de nuestra Organización en aquellos lugares en que se deja sentir el flagelo de la guerra en toda su crudeza, como en Sierra Leona, o indiscriminadamente, como en el caso de Guinea-Bissau o, también, en la República Democrática del Congo. El Acuerdo que se firmó en Lusaka el pasado 10 de julio, y que acaban de suscribir todas las facciones de la Coalición Congoleña para la Democracia, le debe mucho a la perseverancia del Secretario General y a la labor de persuasión de su Enviado Especial.

Para ayudar a nuestro continente a salir de la espiral de violencia, las Naciones Unidas actúan en cualquiera de las etapas de las crisis y aúnan esfuerzos con los de la OUA y con otras organizaciones regionales y subregionales.

Al igual que hicieron en Macedonia, las Naciones Unidas han probado una misión preventiva de mantenimiento de la paz en la República Centroafricana, que hasta el momento ha cumplido sus objetivos. De este modo, la

Organización ha conseguido evitar que empezara el infierno que parecían vaticinar los motines que se fueron repitiendo durante 1996 y 1997 y la tensión política y social que los siguieron. Ello me complace especialmente porque mi país ha enviado un contingente de 235 hombres, compuesto de una unidad médica, un escuadrón blindado y elementos pertenecientes al Estado Mayor.

Aunque más compleja, por todo lo que está en juego en la situación de la región, también es digna de alabanza la acción de la Misión de las Naciones Unidas para el Referéndum del Sáhara Occidental (MINURSO). La Misión ha permitido nada más y nada menos que el establecimiento de una dinámica de diálogo que acabará imponiéndose definitivamente a las pasiones y a las divisiones que durante tanto tiempo han provocado este conflicto.

Côte d'Ivoire se felicita por la evolución de la situación en el Oriente Medio, especialmente por las medidas tomadas recientemente por el Primer Ministro de Israel, Ehud Barak, y por el Presidente Yasser Arafat, con miras a poner en práctica una paz justa y equitativa que garantice los derechos inalienables del pueblo palestino y el derecho de Israel a existir dentro de fronteras seguras y reconocidas.

Faltaría a mi deber si no mencionara todo lo que se ha hecho por fortalecer la cooperación en el mantenimiento de la paz dentro de la OUA, así como en la Comunidad Económica de los Estados del África Occidental y en la Comunidad del África Meridional para el Desarrollo. Debemos celebrar que las Naciones Unidas parecen sobreponerse gradualmente al "síndrome de Somalia" que las condujo a que redujeran su compromiso.

La perspectiva de que la Organización pronto despliegue una fuerza de mantenimiento de la paz de 20.000 efectivos para la aplicación del Acuerdo de Lusaka en la República Democrática del Congo es sin duda el anuncio de un mayor esfuerzo de la comunidad internacional para restaurar la paz y la seguridad en África. Pero debemos velar por que esta esperanza no se disipe ni se fortalezca el sentimiento, ampliamente enraizado en la opinión pública africana, de que nuestro continente recibe un tratamiento discriminatorio en comparación con otras regiones del mundo. Lo que fue posible en Kosovo también debe serlo en Angola, en el Congo y en Sierra Leona. La referencia a los valores de la democracia y los derechos humanos que sirvieron como catalizadores de la acción a gran escala en Kosovo es igualmente aplicable a las poblaciones africanas.

Soy plenamente consciente de las reticencias de las grandes Potencias a intervenir en conflictos complejos cuyos protagonistas locales a menudo son difíciles de identificar y tienden a competir entre sí con consecuencias humanitarias muy graves. Ciertamente, es necesario que existan condiciones políticas previas, especialmente en forma de acuerdos de cesación del fuego, para el despliegue de fuerzas de mantenimiento de la paz, pero no son indispensables cuando el Consejo de Seguridad hace uso de todos los recursos que le ofrece la Carta.

Volver a dar vida al principio de las operaciones de mantenimiento de la paz dotándolas de elementos fidedignos de disuasión y de recursos no nos debe impedir que revise-mos o aclaremos el Capítulo VIII de la Carta relativo a la cooperación entre las Naciones Unidas y los arreglos regionales. Existen demasiadas incertidumbres sobre el ámbito de las modalidades de esa cooperación y sobre el papel que corresponde al Consejo de Seguridad en la materia.

La crisis de Kosovo y la intervención militar realizada bajo los auspicios de la Organización del Tratado del Atlántico del Norte sólo han aumentado nuestras dudas e interrogantes al respecto. El fomento de un enfoque regional de la seguridad colectiva no debe en modo alguno servir de pretexto para que el Consejo de Seguridad deje de intervenir. Al reiterar la validez de los principios de la Carta en el umbral de un nuevo milenio nos comprometemos a establecer mejores condiciones de vida para las generaciones venideras, incluidos todos los niños de África.

Evidentemente, África tiene poco peso en las estadísticas económicas mundiales, pero tiene un potencial del que dependerá en gran medida el futuro de la humanidad. Debe participar plenamente en los esfuerzos por construir una nueva arquitectura financiera mundial. También es importante que, en vísperas de importantes negociaciones comerciales bajo la égida de la Organización Mundial del Comercio, no se sacrifiquen los intereses de los países en desarrollo en el altar de la mundialización.

Celebro los esfuerzos de la Secretaría por fortalecer los recursos disponibles para el desarrollo y armonizar las actividades de los diversos organismos de las Naciones Unidas. A tal fin, se ha creado un grupo de desarrollo para acercar a los diversos órganos operacionales, incluidos el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD), el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia y el Fondo de Población de las Naciones Unidas. Esto ha producido una mejor racionalización de las actividades, una gestión más coherente de la ayuda y una mayor simplificación de los procedimientos para financiar proyectos. Estos

son progresos que no podemos sino acoger con beneplácito rindiendo un homenaje sincero a la coordinación y la asistencia proporcionadas por el PNUD, en especial por sus representantes residentes.

Pero esta satisfacción no puede calmar la ansiedad provocada por el continuo descenso de la asistencia oficial para el desarrollo, que ha sido vertiginoso, según han demostrado las estadísticas del pasado decenio. La asistencia oficial para el desarrollo ha descendido a una cifra inferior al 0,2% del producto nacional bruto.

Nos complacen las iniciativas adoptadas el pasado mes de junio en Colonia en la cumbre del Grupo de los Ocho. Señalan un deseo de aumentar la asistencia a los países en desarrollo, especialmente mediante un alivio significativo de la deuda. La anulación de parte de la deuda de los países en desarrollo, con la posibilidad de que esos países relancen sus políticas de inversión, debería permitir armonizar y coordinar las actividades de las principales instituciones financieras internacionales. Este marco multilateral también tendría la ventaja de evitar tratos directos entre un país determinado y los que proporcionan la ayuda, ya que la experiencia ha demostrado que con frecuencia son fuente de malentendidos que pueden obstaculizar un funcionamiento correcto de las economías nacionales. Sin embargo, es muy probable que las decisiones tomadas por los países más ricos para reducir la deuda creen disparidades entre los países afectados, dependiendo de la categoría a la que pertenezcan. La definición de esas categorías puede basarse en criterios económicos que, por definición, son extremadamente rígidos.

La cuestión de la deuda es muy preocupante para los países africanos, que en la Cuarta Conferencia Extraordinaria en la Cumbre de la OUA celebrada en Sirte, dieron al Presidente en ejercicio de la OUA, Sr. Abdelaziz Bouteflika, de Argelia, y al Presidente de Sudáfrica, Sr. Thabo Mbeki, el mandato de negociar con los acreedores con miras a lograr una anulación total de la deuda africana. Esperamos que esta misión, dirigida por Jefes de Estado, logre pronto resultados positivos.

En el umbral de un nuevo milenio es urgente que definamos una estrategia mundial de asistencia para el desarrollo y se garantice su financiación. Por consiguiente, apoyamos la convocación de una conferencia mundial sobre la financiación del desarrollo que establezca objetivos precisos y recalque el apoyo a los proyectos educativos y sociales, sin descuidar los sectores industriales y agrícolas. También deseo hacer un llamamiento solemne a los países donantes para que inviertan la tendencia actual y aumenten

sus contribuciones al sistema de las Naciones Unidas en general, y al PNUD en particular, a fin de que puedan continuar sus actividades a favor de nuestros países. Pediría a esos países que no basen sus acciones en intereses económicos a corto plazo, sino en la solidaridad.

Al reiterar la validez de los principios de la Carta en el umbral del nuevo milenio, nos comprometemos a restaurar la dignidad a todos los seres humanos, porque nada es duradero si no se basa en la humanidad.

Deseo expresar aquí la satisfacción de mi Gobierno por las actividades de las Naciones Unidas y sus dos programas especializados, el Programa Conjunto de las Naciones Unidas sobre el VIH/SIDA y el Programa de las Naciones Unidas para la Fiscalización Internacional de Drogas, en nuestros países. Las campañas contra esas pandemias, especialmente el VIH/SIDA, y contra las enfermedades endémicas, así como la lucha contra los estupefacientes y las drogas, tienen por objetivo poner fin a esos dos flagelos que amenazan directamente a la persona y perturban la estabilidad social. En la Conferencia Internacional sobre el VIH-SIDA y las Enfermedades de Transmisión Sexual que se celebró en Abidján, Côte d'Ivoire, del 7 al 11 de septiembre de 1997, Côte d'Ivoire y Francia propusieron la creación de un fondo de solidaridad para movilizar a la comunidad internacional. A sugerencia de Côte d'Ivoire, esta propuesta fue aceptada por la OUA en junio pasado en Uagadugú.

Las medidas tomadas por el Presidente Henri Konan Bédié, especialmente para la protección y la gestión de los bosques, el desarrollo y el ordenamiento de las zonas costeras, el mejoramiento del suministro de agua y la aprobación de un código del agua demuestran nuestra preocupación por preservar la salud humana y proteger el medio ambiente.

Desde hace varios años, y en el contexto de un crecimiento económico más sostenido, la mayoría de los Estados africanos han optado por el pluralismo político y la consolidación del imperio del derecho. Estas son las contrapartidas de una mejor gestión económica y financiera de conformidad con los criterios de buena gestión pública reconocidos internacionalmente. Queda mucho por hacer, y la situación varía de una región a otra e incluso de un país a otro. Pero el progreso que ya se ha conseguido se debe tener en cuenta en las principales negociaciones internacionales. En particular, nunca se debe perder de vista que la violencia se nutre de la pobreza. Todo lo que pueda contribuir a erradicar la pobreza es fuente de esperanza para millones de hombres y mujeres.

La mejor garantía para un mundo mejor es un África en paz y comprometida con el camino al desarrollo. Un África que debe estar unida y libre de armas pequeñas, del tráfico y de las rivalidades. Debe estar unida.

Durante la cumbre de la OUA celebrada en Argel, los Jefes de Estado y de Gobierno proclamaron su fe en la integración del continente consagrada en otros instrumentos, comenzando por el Plan de Acción de Lagos para la Aplicación de la Estrategia de Monrovia para el Desarrollo Económico de África y el Acta Final de Lagos, hasta el Tratado de Abuja por el que se creó la Comunidad Económica Africana.

África se da cuenta de que el tiempo no está a su favor; se está enfrentando a una mundialización rápida, cuyos efectos no parecen serle siempre favorables. Por ello, durante la Cuarta Conferencia Extraordinaria en la Cumbre de la OUA celebrada el 9 de septiembre de 1999 en Sirte, Libia, los Jefes de Estado y de Gobierno de la OUA decidieron crear una Unión Africana y un Parlamento Panafricano. El año próximo se celebrará otra reunión especial, también en Sirte, para aprobar el texto por el que se establecerá la Unión. África sólo puede existir si la Unión Africana la convierte en una verdadera potencia.

Fiel a su compromiso, Côte d'Ivoire ha comenzado a tomar medidas para fortalecer el mecanismo de integración subregional existente dentro de la Unión Económica y Monetaria del África Occidental (UEMAO) y la Comunidad Económica de los Estados del África Occidental. Dentro del contexto de la UEMAO ya hemos establecido políticas para armonizar el fisco y las estadísticas sobre precios, y se ha creado una bolsa regional de valores mobiliarios.

Todas estas acciones de Côte d'Ivoire, inspiradas por el Presidente Henri Konan Bédié, no tienen otra finalidad que contribuir a la paz interna, a la paz en África y a la paz de África con el resto del mundo. Estas medidas tienden a reforzar una mayor solidaridad y a la búsqueda de un mundo más justo, con progreso y felicidad para todos.

La Asamblea del Milenio dará a los dirigentes del mundo la oportunidad de reiterar sus compromisos con los principios fundamentales de la Carta de las Naciones Unidas, que nos instan a unir nuestras fuerzas para el mantenimiento de la paz y la seguridad internacionales y a emplear un mecanismo internacional para promover el progreso económico y social de todos los pueblos, porque los principios consagrados en la Carta —la dignidad, el valor de la persona, la igualdad entre hombres y mujeres y la igualdad de las naciones— son inamovibles. No pueden ser cambia-

dos. Son absolutos. Nos corresponde a nosotros actuar y debemos hacerlo, porque la acción es la propia esencia de la política.

Trabajemos todos por convertir en realidad esos nobles objetivos a fin de lograr un futuro mejor para todos.

El Presidente interino (*habla en inglés*): Tiene ahora la palabra el Secretario de Estado de Asuntos Externos y del Commonwealth del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte, Su Excelencia el Muy Honorable Robin Cook.

Sr. Cook (Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte) (*habla en inglés*): Hace poco más de medio siglo el Primer Ministro británico, Sr. Clement Attlee, presentó a nuestro Parlamento la Carta de las Naciones Unidas. Dijo:

“No estamos buscando meramente buenas relaciones entre las naciones, sino entre los seres humanos de las naciones.”

El concepto que vio expresado en la Carta fue revolucionario: la responsabilidad de la seguridad, la libertad y el desarrollo del pueblo no pertenecen solamente a cada Estado actuando individualmente, sino a todas las naciones actuando como un órgano unido.

En los últimos 50 años, las Naciones Unidas han hecho mucho por cumplir esa responsabilidad. Las Naciones Unidas y sus organismos han dirigido programas en todo el mundo que han liberado el potencial de los seres humanos en todos los continentes. Hemos ayudado a duplicar la tasa de alfabetización de las mujeres en los países en desarrollo. Hemos ayudado a vacunar al 80% de los niños del mundo contra las enfermedades más letales. Hemos establecido la Declaración Universal de Derechos Humanos como referencia para la libertad de las personas. Y la Asamblea General ha desempeñado un papel rector preconizando derechos democráticos iguales, independientemente de la raza, y forzando el fin del apartheid. Hoy las Naciones Unidas proporcionan cobijo y santuario a los refugiados en todos los rincones del mundo.

Mientras nos reunimos esta semana, los organismos de las Naciones Unidas proporcionan viviendas, alimentos, bienestar, sanidad y educación a 19 millones de refugiados, una cifra superior a la población de la mayoría de los Estados Miembros. Debemos enorgullecernos de esos logros, ya que nos proporcionarán la confianza necesaria para abordar los desafíos restantes.

Sin embargo, también debemos ser sinceros sobre nuestros fracasos. No hemos podido llevar la paz a muchos pueblos del mundo. No hemos conseguido el objetivo de nuestros fundadores de que las naciones y sus pueblos vivan en paz entre sí. Hemos evitado una guerra mundial. Pero no hemos evitado un mundo con demasiadas guerras.

Es por ello que deseo apoyar el excelente discurso de apertura del Secretario General centrandó también mis observaciones en lo que debemos hacer para reemplazar el fracaso en detener la guerra con el éxito en la prevención de los conflictos. Las espantosas escenas de las que hemos sido testigos este año pasado y que han tenido lugar en Kosovo, Sierra Leona, Timor Oriental y demasiados otros lugares, subrayan la urgencia de mejorar nuestras medidas para prevenir los conflictos y detenerlos una vez han estallado.

Propongo cinco esferas prioritarias para la acción. Ante todo, debemos abordar las causas fundamentales de los conflictos, comenzando con la pobreza que los genera. La guerra se está convirtiendo en la carga de los pobres. En el mundo moderno, las naciones ricas ya no sufren el trauma de los conflictos en su suelo. La base más sólida para la paz es la prosperidad, y la mejor manera de prevenir los conflictos es fomentando el desarrollo sostenible. La Asamblea del Milenio debe hacer realidad el compromiso de reducir a la mitad el número de personas que padecen una pobreza extrema y reducir el número de naciones fuertemente endeudadas.

En segundo lugar, debemos fomentar los derechos humanos y la buena gestión pública. El desarrollo de una nación será más rápido cuando el pueblo tenga derecho a desarrollar todo su potencial. Es más probable que surjan conflictos en lugares donde los gobiernos gobiernan sin el consentimiento de sus pueblos.

En tercer lugar, debemos limitar el suministro de armas que atiza los conflictos. Durante decenios, las Naciones Unidas se han centrado, acertadamente, en detener la propagación de armas de destrucción en masa. Sin embargo, en esos mismos decenios, las armas que han matado a un número enorme de personas en los conflictos han sido las armas pequeñas más comunes. En la reunión del Consejo de Seguridad que se celebrará el viernes tendremos la oportunidad de presentar medidas para detener el comercio ilícito de armas pequeñas, fomentar suspensiones regionales de la venta de armas pequeñas y lograr que el uso de armas de fuego militares se limite a los organismos gubernamentales legítimos.

En cuarto lugar, debemos detener el comercio ilícito de diamantes y otras mercancías preciosas con que se pagan las armas pequeñas —muy frecuentemente a mercenarios— que sostienen los conflictos. Los mercados de esas mercancías, en especial el de diamantes, son pequeños y están agrupados en unos pocos centros. Debemos alentar la cooperación con los que gestionan esos mercados a fin de cortar el suministro de fondos a los que fomentan los conflictos.

Finalmente, apoyo firmemente la opinión expresada por el Secretario General esta mañana de que debemos contrarrestar la cultura de la impunidad. Los que no respeten el derecho internacional humanitario, desde Kosovo a Timor Oriental, deben saber que la comunidad internacional les hará responsables.

Los tribunales penales internacionales han demostrado lo que se puede hacer. Tenemos que aprovechar su labor y conseguir que la Corte Penal Internacional entre en funciones rápidamente.

Pero no siempre podremos prevenir los conflictos. Necesitamos, pues, estar mejor equipados para restablecer la paz cuando estalle la guerra. Como dijo mi Primer Ministro, Tony Blair, en Chicago este año, el definir las condiciones y el identificar las circunstancias en las que en el mundo moderno es correcto intervenir constituyen actualmente los problemas más acuciantes en materia de política exterior. Su discurso demostró que Gran Bretaña está ansiosa por realizar plenamente la parte que le corresponde en ese debate. Nuestro punto de partida es que nuestro interés común en preservar al mundo de conflagraciones es mayor que nuestros intereses individuales como naciones.

Mundialización es la palabra —larga y más bien fea— que se utiliza para describir cómo en el mundo de hoy somos interdependientes, no independientes. Estamos unidos por vínculos cada vez más fuertes que se ponen de manifiesto en el comercio y las inversiones, los viajes y las comunicaciones. Lo que sucede en un país puede repercutir directamente en la prosperidad y la seguridad —e incluso en el clima— de países que se encuentran al otro lado del planeta.

Y estamos unidos también por las consecuencias de los conflictos. En Gran Bretaña el 90% de la heroína que se encuentra en las calles de nuestras grandes ciudades se cultiva en el Afganistán al amparo del conflicto que se desarrolla en ese país desde hace una generación. En África central, el caos provocado en la población por el genocidio que tuvo lugar en Rwanda ha desestabilizado la región y ha

atrapado en los conflictos resultantes a media docena de países. En los países de Europa hay ahora varios cientos de miles de ciudadanos de la ex Yugoslavia que han huido buscando protegerse de los frecuentes conflictos de su país. Como en el mundo moderno sólo unas pocas naciones pueden funcionar de manera autónoma, hay ahora pocos conflictos importantes que puedan considerarse asuntos internos de un país y que no repercutan en el resto del mundo.

Para responder apropiadamente cuando estalla un conflicto, las Naciones Unidas necesitan fortalecer tres aspectos: su credibilidad, el consenso y su capacidad.

Para que las Naciones Unidas tengan la credibilidad suficiente como para presionar a las partes en un conflicto a que busquen una solución deben ser más representativas del mundo moderno. Efectuar un pequeño aumento en el número de miembros del Consejo de Seguridad sería pagar un precio modesto por el gran aumento que experimentaría su credibilidad si la composición de sus miembros permanentes fuera más representativa.

Pero una mayor credibilidad sería inútil sin el consenso sobre cuándo debe invocarse la autoridad de las Naciones Unidas. La intervención debe ser siempre el último recurso. Todos podemos estar de acuerdo en que el principal responsable de reconciliar un conflicto interno es el Estado en el que surge ese conflicto. Pero también tenemos la responsabilidad compartida de actuar cuando nos enfrentamos al genocidio, a los desplazamientos en masa de la población y a las violaciones graves del derecho humanitario. Saber que se están cometiendo tales atrocidades y no hacer nada al respecto es convertirse en cómplice. Y permanecer pasivo ante estos acontecimientos es facilitar su repetición.

La credibilidad, sin embargo, nos exige no solamente el consenso, sino también que demostremos la capacidad de actuar. Con frecuencia oímos que se pide a las Naciones Unidas que hagan algo. Seamos honestos: las Naciones Unidas no son nada más que el conjunto de sus Estados Miembros. Las Naciones Unidas no pueden hacer nada sin que nosotros, los Estados Miembros, estemos preparados para proporcionarles los medios para hacerlo.

Necesitamos asegurarnos de que las Naciones Unidas cuenten con una sólida base financiera, para lo que hace falta que todos nosotros paguemos nuestras cuotas puntual e íntegramente. Además, debemos asegurarnos de que haya fuerzas disponibles cuando se necesiten fuerzas de mantenimiento de la paz. Gran Bretaña ha firmado un acuerdo sobre fuerzas de reserva; en principio estamos listos para

proporcionarlas para la labor de emergencia de mantenimiento de la paz. Este tipo de acuerdos permite que las Naciones Unidas puedan planificar su acción para casos de emergencia con más confianza en que podemos colocar rápidamente sobre el terreno a los expertos y los equipos que se necesiten. Varios otros Estados Miembros han firmado acuerdos similares. Cuantos más lo hagamos, mayor será la capacidad de las Naciones Unidas para ofrecer una base para el despliegue de fuerzas de mantenimiento de la paz.

Pero en Kosovo descubrimos que era menos difícil reunir una fuerza armada para poner fin a la violencia militar que reunir una fuerza de policía de las Naciones Unidas para mantener el orden público. Por lo tanto, hoy me permito anunciar que Gran Bretaña va a agregar al acuerdo firmado con las Naciones Unidas sobre las tropas de reserva un acuerdo similar por el que se incrementa el número de oficiales de policía que el Reino Unido pone a disposición de las Naciones Unidas para sus operaciones. Ese acuerdo comprenderá el compromiso de mantener una unidad de reacción rápida que esté lista para desplegarse con breve plazo de preaviso cuando surja una necesidad urgente. Además, en cooperación con las Naciones Unidas, vamos a establecer un curso de capacitación central en Gran Bretaña para entrenar a policías de todo el mundo a fin de que puedan desempeñar su parte en nuestras misiones conjuntas.

Soy consciente de que he presentado un programa muy ambicioso. Pero debo decir, con toda humildad, que es mucho menos ambicioso que el programa visionario que presentaron hace medio siglo los fundadores de las Naciones Unidas. Como dijo este año nuestro Secretario General, a menos que nos unamos para enfrentar las violaciones en masa de los derechos humanos y los crímenes de lesa humanidad, estaremos traicionando los ideales de nuestros fundadores.

En el mundo moderno en que vivimos —el mundo moderno de las comunicaciones mediante satélites— nos enteramos instantáneamente cuando se producen violaciones de esa naturaleza. Tenemos los recursos y la movilidad necesarios para trasladar rápidamente nuestros equipos en una emergencia. La tecnología moderna nos ha convertido a todos en vecinos. Ahora necesitamos desarrollar una doctrina internacional que también refleje el mundo moderno y que esté a la altura de esa tecnología. Y esa doctrina debe basarse en el principio claro de que la única guerra que estamos de acuerdo en librar es aquella que libren nuestras naciones unidas en contra de los conflictos.

El Presidente interino (*habla en inglés*): El siguiente orador es el Ministro de Relaciones Exteriores de Bosnia y Herzegovina, Excmo. Sr. Jadranko Prlić.

Sr. Prlić (Bosnia y Herzegovina) (*habla en inglés*): Permítaseme comenzar felicitando al Excmo. Sr. Theo-Ben Gurirab, Ministro de Relaciones Exteriores de Namibia, por haber sido elegido para presidir la Asamblea General durante su quincuagésimo cuarto período de sesiones. Sus conocimientos, talento y experiencia en los asuntos internacionales garantizan una competente conducción de los trabajos de este período de sesiones.

También queremos expresar nuestro reconocimiento al Presidente saliente, Excmo. Sr. Didier Opertti.

Desde el comienzo del quincuagésimo tercer período de sesiones de la Asamblea General, mi país, Bosnia y Herzegovina, ha hecho progresos notables en la ejecución del Acuerdo de Paz de Dayton/París, progresos —me atrevería a decir— alentadores. Esos progresos son visibles en el afianzamiento de la paz, el mejoramiento de la eficiencia y la estabilización no sólo de las instituciones comunes a las dos Entidades sino también de las instituciones de cada una de ellas, así como de los órganos gubernamentales locales. Esos progresos también se ponen de manifiesto en la mayor promoción y afirmación de los valores democráticos y de los derechos humanos, e incluso en el retorno de las personas desplazadas y de los refugiados.

Esos progresos se han señalado también en numerosos informes de representantes e instituciones internacionales dignos de crédito como son el Consejo de Europa, la Unión Europea, la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE), el Alto Representante, y los participantes en la cumbre del Pacto de Estabilidad. Todos ellos confirmaron que hemos estado avanzando.

No quiero sugerir que los progresos que se han hecho sean espectaculares, ni que en Bosnia y Herzegovina estemos llenos de júbilo ni que lo estén los actores internacionales que participan en los asuntos de mi país. Sin embargo, pese a todas las críticas y a todas las deficiencias, los progresos son obvios, y ese es un hecho que merece destacarse, aunque más no sea porque es prueba de que Bosnia y Herzegovina está comenzando a salir, con lentitud pero con seguridad, del estancamiento político, humanitario, económico y de casi toda otra índole. También es prueba de que Bosnia y Herzegovina está saliendo del estado de profundas dudas, desconfianza y reservas internas que existió durante mucho tiempo entre la dos Entidades y los

diferentes pueblos que las constituyen, así como entre sus dirigentes y representantes políticos en las instituciones comunes. Es, además, un reflejo del estado mental y anímico que predomina entre sus ciudadanos. Creo que no sería demasiado optimista decir que esa evolución y esos resultados positivos son prueba de un potencial mayor y de la determinación cada vez más firme de encontrar una salida del difícil y desalentador estado en que se encontraba presa Bosnia y Herzegovina durante casi todo un decenio.

Naturalmente, hay todavía muchas cuestiones que deben resolverse en relación con la ejecución del Acuerdo de Paz y de las conclusiones del Consejo de Aplicación del Acuerdo de Paz que figuran en los documentos de Bonn y de Madrid, como tampoco podemos dejar de reconocer que, lamentablemente, hay un desequilibrio en los resultados alcanzados en las dos Entidades.

No obstante, este año las instituciones comunes en Bosnia y Herzegovina han estado trabajando con mayores eficacia, intensidad y coordinación. Además, 272.000 personas desplazadas y 343.000 refugiados han retornado a ambas Entidades. Pero el retorno sigue siendo una de las cuestiones humanitarias, económicas y políticas más difíciles y penosas, especialmente el llamado retorno de las minorías. A diferentes niveles, el retorno de las minorías sigue retardándose, manipulándose, bloqueándose y explotándose políticamente. Sin embargo, no estamos aceptando esa situación. El retorno de las minorías no está quedándose fuera de nuestro programa, al contrario, está convirtiéndose cada vez más en una medida del éxito, en una prueba de la capacidad y la responsabilidad de muchos dirigentes políticos a todos los niveles, desde local a estatal. El público en general —los votantes— está vigilando y evaluando ese proceso diariamente. El retorno de los refugiados en las condiciones establecidas es el barómetro de la reconciliación, del respeto de los derechos humanos y de la estabilidad en general.

Además, se ha iniciado la reforma del sistema judicial, cuya finalidad es la profesionalización, modernización e independencia completas de los jueces y fiscales, de conformidad con las normas y estándares de las sociedades democráticas de la Europa y el mundo contemporáneos. La reconstrucción del Ministerio del Interior también está en marcha, así como la modernización, capacitación profesional y educación de la policía local. El reclutamiento de hombres y mujeres policías refleja la composición demográfica de la población. Por último, también hemos hecho progresos en nuestra cooperación con el Tribunal Penal Internacional para la ex Yugoslavia, si bien esa cooperación todavía no es completa en toda la región.

A partir de este año lectivo, los escolares de Bosnia y Herzegovina están recibiendo clases de conformidad con nuevos programas que reflejan el presente y miran hacia nuestro futuro común. En esos programas se excluyen materias que, según las comisiones multinacionales comunes y los representantes internacionales, podrían constituir una amenaza y un peligro para la confianza y la comprensión —todavía frágiles— entre las nuevas generaciones.

Hemos conseguido logros substanciales a través de un programa de reconstrucción económica e infraestructural. Pero la restauración de la capacidad industrial sólo ha alcanzado un tercio de su nivel de antes de la guerra. Todavía es elevado el número de desempleados y de personas que dependen de la sociedad. Es por eso que Bosnia y Herzegovina seguirá necesitando la asistencia internacional durante un período prolongado. No obstante, eso constituirá una inversión no sólo en nuestro futuro sino en el futuro de todos.

Se está trabajando para reglamentar el delicado pero vital campo de la información pública en las dos Entidades. Se está elaborando una serie de normas sobre la organización y el funcionamiento de la radiodifusión. Se están tomando medidas importantes en la esfera de la reforma económica. Además, ha entrado en vigencia la ley de aduanas, se ha iniciado la reforma del sistema bancario y financiero y ya se están viendo los primeros resultados de la privatización de las pequeñas empresas. También se están haciendo preparativos para la privatización de grandes empresas públicas y conglomerados industriales, herencia del período socialista.

La aceleración de las actividades de Bosnia y Herzegovina en estas y muchas otras esferas es una manifestación de su firme decisión de establecer una sociedad civil y democrática y una economía de libre mercado y de ampliar los derechos humanos y, al hacerlo, está cumpliendo las condiciones para su admisión en el Consejo de Europa y acercándose a la Unión Europea y a las instituciones transatlánticas. Bosnia y Herzegovina ha aumentado su cooperación con la Unión Europea y con las agrupaciones del Atlántico norte, beneficiándose al mismo tiempo de las diversas formas de apoyo y asistencia que nos han brindado esas instituciones. En ese sentido, a Bosnia y Herzegovina le pareció especialmente alentadora la aprobación por parte de la Unión Europea el año pasado de una declaración sobre las relaciones especiales con Bosnia y Herzegovina. El Equipo de Tareas Consultivo establecido en virtud de ese documento ha intensificado su labor ayudándonos a superar varios problemas técnicos, jurídicos e institucionales en las relaciones entre Bosnia y Herzegovina y la Unión Europea.

Ello ha mejorado el funcionamiento de las instituciones estatales y de las Entidades y nos está permitiendo cooperar más fructíferamente con la Unión Europea.

Por este y muchos otros éxitos que no podemos mencionar aquí debido a lo limitado del tiempo, damos las gracias a la comunidad internacional, que nos brindó asistencia directa e indirecta, y especialmente al Alto Representante, quien hizo uso de su derecho a imponer soluciones cuando en Bosnia y Herzegovina no podíamos llegar a un acuerdo a través del proceso democrático normal. Todos esos esfuerzos deben hacernos ver que la presencia y el papel de la comunidad internacional en Bosnia y Herzegovina son todavía indispensables y siguen siendo la garantía de que la vida en Bosnia y Herzegovina seguirá avanzando hacia la normalización. Creo que la prueba más convincente de los progresos que estamos realizando en Bosnia y Herzegovina fue el hecho de que organizara y fuera la anfitriona de la cumbre del Pacto de Estabilidad en Europa sudoriental, que tuvo lugar en Sarajevo los días 29 y 30 de julio de este año. Como recordará la Asamblea, Sarajevo acogió a dirigentes de los Estados miembros de la Unión Europea, la Federación de Rusia, el Canadá, los Estados Unidos de América, el Japón, los países de Europa central y oriental, las instituciones multilaterales más importantes —como las Naciones Unidas— y, naturalmente, de los países de Europa sudoriental, es decir, de los miembros del Pacto de Estabilidad.

En ese evento histórico, las instituciones comunes de Bosnia y Herzegovina, los órganos y las organizaciones de ambas Entidades y muchos actores individuales de todas las nacionalidades confirmaron no solamente sus habilidades y capacidades, sino también su fe en nosotros y su disposición a emprender acciones conjuntas en pro de los intereses individuales y compartidos. Estoy profundamente convencido de que las numerosas felicitaciones y notas de reconocimiento que nos enviaron en esa ocasión muchos prominentes Jefes de Estado de Europa y del resto del mundo que se reunieron en Sarajevo fueron más que una simple expresión de cortesía diplomática.

Como una contribución única a los objetivos del Pacto de Estabilidad, Bosnia y Herzegovina y Croacia han firmado un acuerdo fronterizo, eliminando así este delicado problema de nuestros respectivos programas de trabajo. Estamos convencidos de que el Pacto de Estabilidad y la declaración aprobada en Sarajevo han abierto nuevas perspectivas a Bosnia y Herzegovina, así como a todos los demás países de la región. De ello se ha derivado una solución estable y definitiva a una serie de acontecimientos catastróficos de proporciones bíblicas, así como una rápida

recuperación de los pueblos y los países que han pagado un precio enormemente alto por ignorancia, por imprudencia política y militar y por violaciones flagrantes de las normas de las relaciones internacionales y del derecho internacional humanitario.

La garantía del éxito de los objetivos del Pacto de Estabilidad —paz, prosperidad y seguridad para nuestra zona del mundo— radica realmente en la determinación y la disponibilidad de la Unión Europea, la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE), el Consejo de Europa, las Naciones Unidas y la Organización del Tratado del Atlántico del Norte (OTAN), así como de otras organizaciones internacionales, instituciones e iniciativas regionales. La garantía de su cumplimiento se apoya también en el hecho de que la Unión Europea y los Estados Unidos de América han dado prioridad al Pacto de Estabilidad en su nuevo programa transatlántico y de que la Unión Europea y la Federación de Rusia han hecho del Pacto una prioridad en su diálogo político.

Teniendo en cuenta todo lo anterior, nosotros en Bosnia y Herzegovina estamos decididos a adherirnos al Pacto de Estabilidad en su totalidad, a desarrollarlo y a cumplir nuestros objetivos a través de contribuciones concretas a su éxito, de nuestras propias iniciativas y actividades creativas y del desarrollo de la cooperación regional dentro del marco de acuerdos multilaterales y bilaterales.

A este respecto, desde esta Tribuna quiero una vez más no sólo destacar el papel indispensable que ha desempeñado la Organización en la aplicación del Acuerdo de Paz de Dayton/París y el Pacto de Estabilidad, sino también reiterar nuestro agradecimiento por todos los esfuerzos, contribuciones y múltiples sacrificios hechos a favor de Bosnia y Herzegovina. En el último decenio hemos sido testigos de la capacidad y eficiencia de las organizaciones internacionales, en especial las Naciones Unidas. Al mismo tiempo, hemos observado desgraciadamente algunos defectos e imperfecciones que ponen en peligro el papel de la Organización como institución vital e irremplazable para el siglo XXI.

Creo que ninguno de nosotros abriga la menor duda de que las Naciones Unidas están dispuestas y son capaces de cumplir su noble misión para seguir reforzando y desarrollando sus objetivos e ideales en el siglo próximo. Aunque la Organización no ha podido lograr todos sus objetivos, ha sido capaz de salvaguardar la paz mundial, iniciar y hacer posible el desarrollo sostenible, mitigar muchas injusticias en todo el mundo y, sobre todo, lograr una visión clara sobre su propia reforma.

Las Naciones Unidas empezaron a reformarse hace varios años, pero todavía no ha finalizado su tarea. Hay que luchar enérgicamente por conseguir ese objetivo. Opino que si las Naciones Unidas tuvieron valor para cambiar el mundo, pueden y debe encontrar la determinación necesaria para cambiarse a sí mismas más rápidamente y para adaptarse y hacer frente a los desafíos del siglo próximo. La cumbre del milenio puede considerarse como una gran oportunidad para que los Jefes de Estado y de Gobierno de los Estados Miembros se reúnan en el año 2000 para aprobar una gran parte de esas reformas.

Bosnia y Herzegovina ha sido, en mayor o menor medida, objeto de consideración en muchas organizaciones y foros internacionales. El momento y el contexto que llevaron a esa posición están afortunadamente desapareciendo. Ahora nos estamos dando cuenta de la necesidad de desempeñar un papel más activo, creativo y responsable en las relaciones internacionales. Por eso observamos con ojo crítico los deberes que hemos asumido como miembros de pleno derecho de la familia de naciones, aunque todavía no los hayamos cumplido totalmente. Esa orientación es más bien resultado del hecho de que tenemos más confianza en nosotros mismos y confiamos cada vez más en nuestros amigos y socios en las Naciones Unidas y otros foros, iniciativas y organizaciones. Eso se refleja en la decisión adoptada por mi país de reducir sus gastos militares en un 15%, con la esperanza de dar ejemplo a otras naciones.

Permítaseme terminar esta declaración citando a un brillante diplomático que dijo una vez: “Los pueblos y los Estados actúan con sabiduría solamente después de haber agotado todas las demás alternativas.”

Se levanta la sesión a las 19.25 horas.